

LOS MADUROS

I

La bonanza de la mina de La Luz hizo época en el real de Guanajuato. Esta mina está a una distancia de tres o cuatro leguas del ya citado mineral y produjo con su famosa bonanza el real que hoy lleva su nombre. Una población se formó, rodeando casi la mina, que en el transcurso de ocho años arrojó al mercado del mundo la suma de 96 millones de pesos. El movimiento causado por esto, hizo que los mineros guanajuatenses encontrasen otras bonanzas, como las de Sirena, San José de los Muchachos, Santa Lucía, La Purísima, etcétera, etcétera. Esta serie de bonanzas, aunque pequeñas comparadas con la anterior, vinieron en su conjunto a doblar la cifra ya dicha, y los dos centenares de millones de pesos, producidos en tan corto espacio de tiempo y repartidos casi en su totalidad en sólo la población de Guanajuato, que entonces sería de unas treinta mil almas, impulsaron naturalmente el comercio, multiplicando la vitalidad del real. Como casi todos los accionistas de las diversas minas bonancibles estaban radicados en la misma ciudad, el dinero se repartía, gracias al trabajo, pero gracias también a la ambición.

En un mineral, cuando no hay bonanza en alguna de sus minas, el trabajo escasea y está, por decirlo así, atacado de catalepsia; pero cuando una o más minas entran en esa situación, soñada y esperada siempre por todos los mineros, entonces la vida del mineral se vuelve casi epiléptica; el trabajo abunda, el dinero se derrocha, el

lujo se vuelve fabuloso y una especie de fiebre invade a todos, desde los accionistas más ricos hasta los más infelices barreteros. Citaremos dos ejemplos para justificarlo.

El señor Mariano B... se hizo proverbial en esa época en Guanajuato, por haber gastado en un año tres millones de pesos. ¿En qué?, se me dirá. En trabajar algunas otras minas, en comer como Lúculo y en alfombrar las caballerizas de su casa, las cuales estaban también adornadas con enormes lunas de Venecia. Vivió como puede vivir un lord o un príncipe indio, pero sin su grandeza, y en tres años concluyó, no sólo con un capital, sino con su salud y con su vida.

En la misma época, un destajero a quien llamaban el Planchado, gastaba en una semana doscientos pesos en un vestido de gro profusamente adornado, para la que llamaba “su muchacha”; ésta entraba al día siguiente en el patio de la mina y con la falda de seda limpiaba la piedra, llena tal vez de lodo, en la cual se sentaba el Planchado. El vestido, con dos o tres operaciones como aquélla, quedaba enteramente inútil; pero en la siguiente semana hacía idéntica cosa con otro que no era de seda, sino de terciopelo. En esto consistía su lujo y, por su causa, el destajero terminó su vida en un lecho de hospital.

De todos los estados de la República acudían mineros al real y todos encontraban trabajo, ganaban dinero y lo despilfarraban con la mayor facilidad. La ciudad estaba de fiesta y deslumbraba con sus prodigalidades. En las casas ricas y por lo mismo aristocráticas, se jugaba fuerte y se bailaba ídem; en las chozas de los mineros había también fandangos y también albures. En las minas se trabajaba y se bebía; eso sí... ambas cosas se hacían “de lo fino”. La ciudad Creso no dormía. Las serenatas, los teatros, los bailes, las tertulias de todo género y la fiebre de la ambición multiplicaban su vida. Todas las clases sociales parecían felices. Cada uno en particular se soñaba un millonario para el año siguiente y entretanto vivían para gastar; porque la Sierra Madre

prometía erupciones de plata, que amenazaban inundar de caudales no sólo a Guanajuato, sino al mundo entero. Un ingeniero de minas, el señor don Juan Contreras, me decía hace algún tiempo estas gráficas palabras: “Nadie puede formarse una idea de aquella bonanza... era... ¡puf!, un asco de plata”.

La Luz ofrecía ser una nueva Valenciana. Esta última produjo según los cálculos estadísticos de algunos, la suma de 370 millones de pesos en sus tres bonanzas. Rayas había producido los 300, sin el pico; de otras minas nada se diga, pero unas más, y otras menos, todas habían dado sus milloncitos. Se trabajaban de seis a setecientos agujeros y se esperaban otras tantas bonanzas. Por lo mismo, podemos decir que la Real Ciudad no estaba ebria, no estaba loca y que tenía fundadas esperanzas de convertirse algunos años más tarde no en mi... sino en billonaria. Por lo demás, esta cuestión no está resuelta aún y los geólogos más notables aseguran muy formalmente que tiene que suceder así en el porvenir. Sincera y profundamente puede creerse que lo deseo. En estos momentos en que la plata está en crisis, algunos millares de millones consumirían su derrota. El siglo tendrá entonces derecho de llamarse siglo de oro... y... pero permíteme el lector... y volvámonos a la opulenta ciudad que erogaba fuera de sus gastos ordinarios algo más de dos millones por mes.

Rothschild y Laffitte eran sus banqueros. Inglaterra mandaba mercería y perfumes... Francia sedas de Lyon, manteletas a la Pompadour, faldas a la Vallière... En cambio, los caudales atravesaban el océano y Guanajuato se vestía de arlequín. El hecho es que gastó en ocho años sus doscientos millones de pesos fuertes.

Por la misma época trabajaba en el patio de la mina de La Luz un hombre corpulento, casi atlético, dotado de extraordinaria fuerza y al que llamaban sencillamente Luis el Grande, tal vez a causa de su elevada estatura. Era lo que se llama un quebrador.

Todo su trabajo consistía en romper a fuerza de martillazos dados con un macho (martillo de 13 a 20 libras de peso) las piedras grandes extraídas por los tiros de la mina y las cuales variaban en peso de 20 a 30 arrobas. Reducir estas masas de cuarzo a fragmentos de libras, formaba su oficio, que le producía por doce horas de constante trabajo unos seis reales diarios. Todos los demás quebradores ganaban solamente cuatro reales porque no podían resistir aquella faena más que unas ocho horas y esto a lo sumo. Luis comenzaba su trabajo a las seis de la mañana, levantando y dejando caer alternativamente sobre las piedras su pesado macho que las despedazaba en astillas; después de una o dos horas de aquel trabajo, su rostro se encendía, las venas de su frente se inyectaban, los músculos se le restiraban pareciendo como que iban a romperse, todo su cuerpo se bañaba en sudor y de su garganta brotaba un quejido que, traducido aquí, puede expresarse con una línea llena con estas sílabas: ¡ay!, ¡ay!, ¡ay! A las doce del día tomaba su pobre almuerzo compuesto de carne asada, chile o pimiento frito y gran cantidad de frijoles, preparados al uso del país, todo esto mezclado con trozos de tortilla; después continuaba su mismo trabajo, retirándose a las seis de la tarde para su modesto hogar.

Según se murmuraba había recibido una mediana educación, sus modales no eran bruscos, su lenguaje no era vulgar y al verlo simpatizaba. Sus ojos eran negros y expresivos; su cutis blanco, semirrosado; sus dientes grandes, pero con mucho brillo, y todo en él denunciaba la fuerza de la salud, la energía de la vida y una virilidad indomable. Era un hombre en todo el vigor de su juventud, dotado de una figura

verdaderamente escultórica. Hermoso, pero con esa hermosura varonil que tanto cautiva a las mujeres. Sus pasos eran firmes, su andar resuelto, su mirada audaz, pero a la vez era sencillo, humilde y sin afectación; su traje lo formaba un pantalón de gamuza, una blusa de manta, unos zapatos de vaqueta y un sombrero ancho de palma. Todos los trabajadores estimaban en mucho a Luis el Grande. ¿Por qué? Vamos a decirlo.

A los veinte años había quedado huérfano de padre y en el acto se había puesto a trabajar de aquella manera, para sostener a la pobre viuda y a siete niños y niñas, hermanos suyos, de los que el mayor contaba apenas ocho años. Viendo que cuatro reales al día no bastaban para cubrir los alimentos de aquella familia, aumentó su trabajo hasta doce horas, a razón como ya hemos explicado de medio real la hora. Era mucho trabajar, pero sin embargo, los niños tuvieron pan...

En los suburbios del real de La Luz, entonces naciente, poseía una pieza de seis a ocho varas por lado, techada con madera y cuyas paredes eran de igual fábrica; esto formaba la habitación de la familia. Aquel jacal servía de dormitorio, de comedor y de cocina; en cuanto a la sala estaba suprimida... ¿Para qué necesita sala un pobre?

Los niños dormían agrupados en un jergón de paja, estrechándose los unos contra los otros para comunicarse calor, y la madre, ya anciana, dormía en el suelo; Luis, en un pequeño chiribitil formado con ramas que filtraban el aire y que se hallaba respaldado en una de las paredes de tablas de la pobre choza. Se desayunaban con atole, comían lo que ya hemos dicho y en la noche cenaban frijoles con tortillas. Los niños necesitan crecer y siempre tienen hambre. Aquéllos, mal alimentados, no podían desarrollarse, viviendo en medio de la miseria y faltándoles la acción, la luz, el calor y, por decirlo así, la vida. Estaban pálidos, macilentos, delgados, y lo que es peor aún, siempre tristes. ¡Cosa lúgubre la tristeza de un niño! El mayorcito comenzaba a trabajar y ganaba un real por día. Aquel real se convertía en pequeños calzones o camisas de

manta para vestir a sus hermanos, los cuales cosía perfectamente mal la niña que le seguía, de unos ocho años de edad; los dos inmediatos traían leña y aseaban la pieza; por último, las tres niñas restantes se revolcaban en la tierra y tan pronto reían como lloraban. Esto último más frecuentemente. La madre molía el maíz, hacía las tortillas, preparaba el resto de la comida y se afanaba cuidando en todo de sus hijos. Como se ve, Luis era el padre de la familia.

No quiero que se crea que trato de mal describir un ser excepcional; en esa época había en Guanajuato más de dos mil familias en igual situación, y actualmente, la tercera parte o una mitad de las poblaciones de todos los minerales de la República viven con idéntica vida. Por lo mismo, el tipo es común. Hecha esta advertencia necesaria, prosigo mi sencilla narración.

III

Luis vivía como se ha visto, martirizado por el trabajo y triturado por la miseria; doble presión, pero mucho menos fuerte que la tercera que sobre él pesaba: el amor.

Estaba enamorado con uno de esos amores que nos imponen lo desconocido como una expiación o como un premio y que deciden del porvenir y de la felicidad de una existencia. Amores que, cuando los inspira un alma malvada, convierten a un hombre en un mendigo o en un harapo social, y cuando los produce un alma generosa, forman un genio o un gran corazón.

Existen mujeres a cuya presencia se exaltan nuestros deseos y que sólo el mirarlas nos produce deleites; otras que, al verlas, despiertan la idealidad y como las

musas de los cielos nos dan la inspiración; otras, por último, que producen ambos fenómenos a la vez y que sacuden nuestros nervios como un rayo, nuestras almas como las ideas. Esta dualidad ineludible constituye el amor. Sin lo primero, el amor es sueño; sin lo segundo, instinto; doble atracción que lo forma todo; el polen de los cálices, los universos de los cielos.

La pasión no exige la correspondencia. Se puede estar apasionado y rechazado; ejemplo, Safo y Heine. La correspondencia transforma la pasión en amor y las dos almas reunidas o ligadas así, se ciernen como las águilas en nuestra atmósfera, en una vida azul como el firmamento, como él lleno de estrellas.

Hemos dicho que Luis estaba enamorado y por lo mismo correspondido.

Todas las mañanas se veía entrar al patio de la mina, una joven risueña, alegre, festiva, de mediana estatura, formas encantadoras por su morbidez y que representaba el tipo de la raza indígena, en toda su pureza, pero también en toda su hermosura. Su color era moreno, pero brillante por la juventud; su pelo oscuro, lacio, abundante y lustroso, generalmente adornado con flores de colores vívidos; su nariz fina y recta, boca pequeña, dentadura blanquísima, las cejas levemente arqueadas, las pestañas largas y sedosas y los ojos con la forma de una almendra, pero grandes, en los cuales en medio de un blanco azulado se veían nadar unas pupilas negras, húmedas, dilatadas y llenas de luz. La gracia, la alegría, la inocencia y la voluptuosidad se desprendían de aquella mujer, todavía virgen y casi podríamos decir todavía niña. Fidas la hubiera tomado para modelo de una Venus india. Contaba dieciséis años y la llamaban Josefa la Huilota.

Su traje lo componía una camisa blanca que dejaba dibujar su riqueza de formas, una enagua de castor rojo, llena de pliegues, sobre otras dos enaguas blancas y un rebozo de bolita oscuro; calzaba unos zapatitos de mahón negro que por contraste convertían el color de sus pequeños pies casi en blanco, y su cuello, flexible y

extraordinariamente mórbido, estaba adornado con una gargantilla de corales menudos, que resaltaban también sobre aquel cutis moreno, el cual poseía la finura sedosa de un pétalo; una ligera ondulación en la parte superior de la camisa indicaba las palpitaciones de aquel corazón fogoso, que precipitaba en las venas su sangre pura y tropical. Cuando algunos ojos indiscretos lo advertían, las mejillas de la joven, siempre encendidas, tomaban entonces el color purpúreo de la amapola. El pudor es uno de los encantos más atractivos de la mujer. En aquella niña, completaba su belleza.

Pepa llevaba a su padre, que era un mandón de barras o, lo que es igual, jefe de un número determinado de barreteros, un almuerzo semejante al que tomaba Luis el Grande. Éste, que no suspendía su trabajo a las diez de la mañana, hora en la que almuerzan los mandones, llamaba mucho la atención de la joven, la cual pasó dos o tres meses fijando sus grandes ojos negros, mientras el padre almorzaba, en el infatigable trabajador, quien ensimismado en su trabajo no advertía la muda contemplación de que era objeto. La joven se irritaba con aquella indiferencia no fingida, pero que ella creía así.

Pepa era cortejada por varios, pero ella se fijaba únicamente en Luis, a quien oía elogiar por su conducta y al que veía desplegar delante de todos aquel lujo de fuerza y de virilidad. Temblaba ante aquellos martillazos soberbios, pensando en su interior que un abrazo de aquel hombre podía desbaratarla, como a un miserable juguete. Ante semejante idea, la hembra se estremecía de voluptuosidad y la sangre ardiente de la raza indígena hervía entre las venas vigorosas de la joven. Algunas noches dormía bastante mal y al día siguiente el almuerzo llegaba, a pesar de su desvelada, una hora antes de lo de costumbre.

Una mañana la Huilota dejó la canasta que contenía el almuerzo sobre un montón de piedras, y se acercó al lugar ocupado por Luis, deteniéndose a unas seis

varas de distancia, por temor de que alguna de las astillas de cuarzo que volaban por el aire pudiera lastimarla. Luis no se fijó en ella más que antes, pero la joven contrariase con aquella indiferencia que lastimaba su vanidad de mujer. Al día siguiente se aproximó un poco más.

Los quebradores necesitaban fijar su atención para golpear las piedras, porque si el macho pega mal contra el cuarzo, puede desviarse y en vez de romper a éste, romperles una espinilla; así es que Luis por esa causa no se fijaba en la muchacha. La contrariedad de ella iba creciendo. Cristalizaciones, como diría Stendhal.

Es probable que a la mañana siguiente hubiese pasado otro tanto, si una maquinación de la casualidad no hubiera intervenido de una manera mortificante para los dos.

Luis interrumpió su trabajo al escuchar un leve grito femenino que resonara junto a él. Al levantar la cabeza inquiriendo la causa, vio a la Huilota, que a unas dos varas de distancia frente a él, se hallaba de pie mirándolo. Una pequeña piedra la había herido al saltar, en uno de sus brazos que tenía desnudos. La joven estaba avergonzada; él aproximósele con rapidez.

—¿La herí a usted? —la interrogó.

—Sí, Luis —le contestó ella sin advertir que sin haberle hablado nunca, lo hacía por su nombre—, pero yo tengo la culpa, me acerqué mucho.

Luis tomó el brazo de la joven examinándolo. La herida era un ligero rasguño, pero la pequeña piedra que la causara había quedado dentro. Algunas gotas de sangre se deslizaban por el brazo torneado de la joven, brillando ante el sol como líquidos granates. El mandón se había aproximado suspendiendo también su almuerzo.

—¿Qué ja sucedió? —les preguntó.

—Naá, pagre, un rasguño que me hice por una piedra.

—Por una piedra no... por babosa —le contestó él mismo mientras se inclinaba a examinar con atención el cuarzo quebrado, y enderezándose en seguida con rapidez agregó—: Lo malo de la cosa es que ese azogue es de la labor de los maduros y tiene veneno.

La Huilota se puso intensamente pálida. Luis tomó nuevamente el brazo de la joven y aplicando sobre la herida sus labios, sorbió con fuerza alguna sangre, y con ella, la piedra; después fue vendándole el brazo, rompiendo en jirones para hacerlo su patío, que es una vara de manta que todos los mineros guanajuatenses usan anudada en la cintura. La niña lo dejaba hacer, pero sus mejillas habían pasado de la palidez al color escarlata. ¿Por dolor? No; por deleite. Aquella naturaleza vigorosa gustaba de semejantes impresiones.

IV

La Huilota se fue como todos los días, pero Luis no se quedó lo mismo. Había visto a la muchacha temblorosa, conmovida, emocionada; había bebido su sangre hirviente y había absorbido el veneno, no en ésta, sino en sus ojos hermosos que lo habían mirado quién sabe cómo, decía él.

Desde la mañana siguiente Luis se levantó contento, satisfecho, gozoso; veía las nubes muy blancas, los cielos más azules, el sol más tibio, toda la naturaleza llena de esplendores, de murmullos y de armonías; a sus hermanitos como ángeles. Apenas comprendía cómo había podido vivir hasta entonces, en medio de aquella naturaleza tan

rica, con tanta indiferencia. Todo lo encontraba hermoso y es que se hermoseaba su alma. El amor lo había operado en la catarata de su espíritu y la pupila inmortal se abría.

Por su parte, Pepa se levantó triste por la primera vez de su vida, y esa mañana estuvo tímida y reservada para con él. Evitaba acercársele, pero no evitaba mirarlo. Sus ojos todo se lo dijeron; él todo lo comprendió... y desde aquel instante, las dos almas entraron en comunión de ideas, que hace descender el firmamento sobre la vida.

Él la miraba todas las mañanas; ella inocentemente le sonreía; los dos se adoraban sin decírselo y poco a poco, lenta, muy lentamente, se iban creando ambos una necesidad de mirarse tan imperiosa, como la necesidad de respirar. Uno o dos meses después, las miradas no bastaron a ese eterno ambicioso que se llama amor, y las palabras brotaron tanto más rápidas, cuanto más habían sido contenidas. Ambos jóvenes estaban locamente enamorados.

Como sucede en semejantes casos, abundaba en aquellos dos seres lo de costumbre; es decir, los juramentos, las protestas, las palabras dulces, las miradas ardientes y los suspiros prolongados; todas esas pequeñeces para la sociedad que son grandezas para los soñadores. Una hora por la mañana y otra por la tarde, Luis suspendía su trabajo, previo el consentimiento del padre de la joven, y hablaba con ésta de esos sueños que forma y tiene todo enamorado. Esto presentaba un ligero inconveniente. El quebrador ganaba un real menos y sus hermanitos comenzaban a quedarse desnudos.

Transcurrió así algún tiempo. Pepa era huérfana de madre y una mañana se levantó en igual situación respecto del padre. Una de esas catástrofes, más frecuentes de lo que deseáramos, en las minas, le había arrebatado al autor de sus días y la joven se refugió sollozando al lado de Luis. A la mañana siguiente, ella le llevó su almuerzo y él volvió a ganar sus seis reales al día. Pepa formaba ya parte de la familia y el novio

aumentó de grado, convirtiéndose además en el hermano de la Huilota. Comenzó entonces un nuevo idilio, el idilio del hambre.

Dice un adagio alemán que cuando el hambre entra por la puerta, el amor se sale por la chimenea, pero no sucedió así. El hambre se hizo endémica, pero a pesar de ella, el amor tomó carta de domicilio y los dos jóvenes continuaron adorándose.

Luis reflexionaba que con su matrimonio vendrían naturalmente nuevos niños, y no conforme con aquello de que el hambre repartida entre muchos tócales a menos, se resignaba a seguir trabajando para vivir y viviendo para adorar. Por consecuencia forzosa respetaba a Pepa.

Por las noches llegaba cansado, jadeante, rendido por el trabajo; ella lo reanimaba con su primera mirada, y después que el joven saludaba a la madre y a los niños, se salían ella y él a sentarse bajo el alero del tejado que cubría la casa; tenían por asiento el suelo, la inmensidad por dosel.

Entonces, con ese lenguaje trémulo e inconsciente del amor, con esas frases adivinadas, esas palabras balbucidas, esas presiones de manos que forman poemas, los dos jóvenes se contaban lo que habían pensado el uno lejos del otro y lo que iban a continuar pensando durante la noche en medio de sus sueños. Luis no pasaba de ahí. Pepa, por su parte, deseaba tal vez una caricia que él nunca se había atrevido a hacerle. Un beso... parecían pedir los labios húmedos y los ojos ardientes de la joven. Él se hacía disimulado y ella le coqueteaba. ¿Qué mujer en semejante situación no ha sido un poquito coqueta en su vida?

Pepa estaba saturada de respeto. Se violentaba y a veces sus ojos derramaban algunas lágrimas. Después, con esa facilidad propia tan sólo de la mujer, pasaba de las sonrisas a nuevos mimos. Luis sufría quemándose a fuego lento. Las noches brillaban

millonarias de astros y en el interior de la pieza, la madre dormía a los niños, que apenas habían mal cenado, para engañarles con el sueño el hambre...

A las diez, los otros mal cenaban también y Luis salía para descansar en su chiribitil, mientras Pepa dormía al lado de aquella su nueva madre, que la quería con todas sus entrañas, al ver el inmenso amor que profesaba a su hijo.

En la mañana siguiente, la Huilota entraba al patio de la mina llevando el almuerzo de su chulo, de su maridito, como llamaba a Luis; éste, al verla tan linda, tan graciosa y tan risueña, se embriagaba más y más con su amor. El recuerdo del padre la hacía a veces suspirar y ponerse triste, pero aun ese dolor servía con su reflejo para embellecerla. Algo de sufrimiento sirve para acentuar la fisonomía. De aquí la ciencia de Lavater.

Por la noche volvía el idilio de la anterior. Pepa, sin saberlo y sin comprenderlo ella misma, servía como un verdugo delicioso y divino. El joven padecía exaltaciones, delirios, insomnios, variedades de la misma fiebre que sirve en los seres de una fuerza atrayente, como en el cosmos la gravitación.

Tres o cuatro meses después de la muerte del padre de Pepa, el joven, por consecuencia de su falta de sueño y de su trabajo excesivo, no alcanzaba el sábado la misma raya o salario, pues había quebrado menos piedra durante la semana. Esto era lógico y justo. Los alimentos escaseaban y los niños tenían más hambre. Pepa, sin decirlo a Luis, daba a éstos parte de su comida y ella enflaquecía palideciendo cada vez más. La madre procuraba ocultar al hijo su miseria, pero éste hacía tiempo que la había advertido y que procuraba por otros medios disminuirla. En el real se murmuraba de la palidez de Pepa y ésta, por su parte, sabiendo aquellas murmuraciones, quería dejar de ser novia y convertirse en esposa. El amor, la miseria y el hambre aumentaban en

aquellos seres con igual intensidad. Dos pesetas más diariamente los hubieran hecho felices.

En los mismos días, Guanajuato gastaba dos millones de pesos al mes y el señor don Mariano de B... ¡alfombraba el piso para los cascos de sus caballos! Hay ciertos hombres que nacen para estar muy abajo de ciertos animales. Perdóneme el lector, pero no invento, cito.

V

La bonanza de La Luz estaba en todo su esplendor. Trabajaban durante el día unas mil quinientas paradas, o sea tres mil barreteros, otros tantos durante la noche; en algunas labores entraba pueble tras de pueble, es decir, tandas de paradas que se turnaban cada ocho horas. El cerro temblaba continuamente, viendo extraer sus entrañas pedazo a pedazo; las detonaciones de los barrenos se sucedían sin interrupción, tres o cuatro mil cañonazos se disparaban durante el día repercutiendo su eco en todos los laboríos y cañones de la mina, tres o cuatro mil bombas explosivas que al estallar, desgajaban enormes monolitos de cuarzo rasgando los intestinos de la montaña. Agréguese a estas explosiones casi no interrumpidas, el canto fatigoso y triste de los barreteros, el ruido de los martillos, los gritos de los mandones, el tumultuoso desorden de la faena que acarrea los metales, el rechinar constante de los malacates de extracción y desagüe, los silbidos de los morrongos y los crujidos de la piedra rota y pulverizada por la mano del hombre... y apenas se tendrá una idea pálida y débil de aquel estruendo formidable,

que como la Marsellesa cantada por la idea en las tinieblas, ascendía con magnificencia de las profundidades de los tiros.

En el patio de la mina, el cacarear incesante también de dos mil pepenadoras, sus gritos, sus martillazos y sus cantos; cien o doscientos quebradores golpeando y despedazando los trozos de cuarzo, el ruido de las fraguas y de los fuelles, los muchachos saliendo de la mina con los fierros muertos y volviendo a entrar con los aguzados nuevamente, los ademadores escogiendo su madera, los romaneros pesando el sebo, la jarcia, la pólvora, etcétera, etcétera, el ¡arrea! de los cajoneros en los despachos de los tiros, los relinchos de la mulada moviendo los diversos malacates y ese murmullo incesante que tiene toda aglomeración de gente, en medio del cual y destacándose con vigor se oía algunas veces: “¡Sin novedad!, ¡sin novedad!”.

El trabajo no cesaba un segundo y el regocijo reinaba en el exterior; el cuadro era animado y brillante, lleno de movimiento, de colorido, de vida. Las mujeres le daban alegría, los niños cantos, el cielo toda su transparencia y el sol toda su luz. Los trajes eran variados y caprichosos, las fisonomías risueñas, las palabras expresivas y el conjunto palpitante y halagador. Por consecuencia del trabajo al aire libre y al sol, todas las mejillas estaban morenas, pero a la vez encendidas por la sangre y la juventud. En las galeras de pepena se reía y se cantaba al trabajar.

Algunas familias de Guanajuato visitaban diariamente la mina.

Un filósofo mal observador se hubiera preguntado en vano en qué lugar se encontraba allí el mal.

Algunas veces, en las mañanas, se veía atravesar por entre aquella multitud turbulenta y alegre, un hombre extrañamente delgado, harapiento, sucio, y cuya fisonomía, si era blanco, presentaba un color pálido amarillento o pálido verdoso, y si era moreno, un color de cobre semiceniciento; en ambos se advertía cierta transparencia

en el cutis que desagradaba, un aire enfermizo, una debilidad y un cansancio que inspiraba compasión. Diríase un espectro de Shakespeare o un tipo fantástico de Edgar Poe. Un hombre que a primera vista, en medio de la noche, hubiera parecido como formado por la bruma, y en medio del día era algo que alejaba la confianza en el sol. Se pensaba al mirarlo que aquello era hijo de una cueva o de un abismo. Larva formada como en una cloaca aparecía allí de un modo asqueroso. Como el judío maldito de Sue, parecía presagiar la muerte. Un cadáver animado por el soplo galvánico daría su efigie. Tenía su lividez, sus ojos opacos y algo de su mal olor. Indudablemente... venía o iba a la tumba... ¿Quién es ese hombre?, preguntaba uno al verlo con estremecimientos de disgusto. Un maduro..., contestaban las pepenadoras. ¿Un qué...? Un maduro, repetían. Pero eso ¿qué es? Un enfermo, señor, un barretero de la labor de los maduros. La curiosidad, no satisfecha con esa respuesta, hacía que se bajara a la mina para ver la bonanza y también para examinar la labor de los maduros.

En los planes más profundos de la mina o como si dijéramos en el último círculo del infierno descrito por el inmortal poeta de Florencia, se estaba abriendo en la veta un cañón de pozo y patilla, o lo que es igual, un taladro en el cuarzo, de dos metros por lado y con una inclinación de 45 grados sobre el horizonte. Las paredes o testeras tenían la blancura de la nieve y estaban manchadas de un color púrpura, que imitaba perfectamente la sangre humana. Estas manchas, que se cruzaban en todas direcciones, como el sistema venoso del cerro, eran producidas por el metal llamado por los mineros, rosicler sangre de toro, y por los químicos, sulfo arseniuro de plata. Daba una ley variable, entre el 70 y 80 por ciento de su peso bruto en plata pura.

Los barreteros decían que allí iba la mera mapa, la jalea, la miel en penca, el panal de la mina.

Hasta aquel cañón apenas llegaba el aire de los tiros, el calor era elevado, los hombres trabajaban desnudos, bañados de sudor y con el agua cayéndoles en finas gotas sobre sus cabezas y espaldas; las velas de sebo se fundían por la alta temperatura, y estaban reemplazadas por pequeñas cazuelas llenas de manteca líquida, en las cuales ardía una mecha produciendo más humo que claridad. El aire viciado por los miasmas de la mina apenas servía, tanto para la combustión que produce la luz, como para la combustión que en los pulmones produce la vida. El trabajo duraba ocho horas taladrando el cuarzo durísimo a fuerza de golpes, pegados por los martillos contra las barrenas. El calor, la fatiga y la humedad, el aire ya viciado, viciándose aún más por las emanaciones del sudor, por el carbono suministrado por las mechas y por las respiraciones, por los gases sulfurosos y arsenicales desprendidos del rosicler, con la violenta combustión de la pólvora en los barrenos, iban envenenando la sangre de aquellos hombres, que por vigorosos que fuesen, no podían resistir más que dos o tres meses de aquel trabajo. Se ponían pálidos, débiles, enfermizos, y con aquel veneno aspirado lentamente bajo diversas formas, la muerte celebraba opíparos festines. Por la semejanza que el color de los semblantes presentaba con el color de un perón cuando dicen vulgarmente que está acitronado, los barreteros designaban aquella enfermedad con el nombre de maduración y aquel cañón con el de la labor de los maduros.

Como los barreteros sabían que los trabajadores del pozo llamado así, se morían pronto, rehusaron trabajar. La cuestión se resolvió fácilmente. Aumentose el salario a dos pesos por barretero, en lugar de cuatro reales, y los desgraciados abundaron. La miseria y el hambre sirvieron de anfitriones a la muerte.

Luis el Grande se presentó una tarde solicitando trabajo en el pueblo que comenzaba su faena a las doce de la noche y terminaba a las seis de la mañana, y en la labor que se pagase más caro. Fue consignado a la de los maduros.

VI

Para nuestra sociedad es más soporífero un escritor que sobre estos hechos tratase de filosofar, que el acetato de morfina en cierta dosis. Al que escribe apoyándose en la ciencia lo llaman pedante, loco al pensador profundo, fraseólogo al descriptivo, y a este último se le exige que dibuje no nuestros tipos nacionales, nuestros pobres indígenas vestidos de manta o cuero, a los que no se quiere conceder ni corazón, sino que hable de hombres que por fuerza han de tener los ojos azules y los cabellos rubios, de castillos feudales que sólo hemos visto en sueños y de trajes no descritos por nadie, aun cuando sólo existan en el cerebro enfermo del autor. De otra manera, tiene uno el honor de no aparecer en caricatura sobre las cajetillas de fósforos, único pedestal de la gloria en México.

Tres noches por semana, Luis el Grande bajaba a la labor de los maduros y sobre su raya semanal obtenía otra de seis pesos, con los cuales la pobre familia entró también en bonanza. La madre y la Huilota lo ignoraban, pues como Luis dormía fuera de la pieza, no podían advertir sus ausencias. Los niños pudieron vestirse y dejaron de tener hambre. Volvió a Pepa sus colores. Aquel pobre hombre sólo explicó con un aumento de salario, el aumento de entradas en la casa.

Luis fue palideciendo lentamente. Como sólo trabajaba tres noches a la semana tardó doble tiempo en madurarse. Los domingos, para evitar que la anciana pudiera observarlo, se llevaba a paseo a la Huilota, volviendo con ella hasta que entraba la noche. La pobre muchacha, ciega por su amor, no advertía la palidez de Luis, y cuando

casualmente llegaba a interrogarle si se sentía enfermo, él contestaba abrazándola y ella... ocultando la cabeza entre su pecho se sentía tan feliz... que naturalmente de todo se olvidaba. Sólo esta caricia se habían permitido los amantes. La Huilota por inocencia y él... por honradez. Era el esposo prometido de aquella mujer, pero también se sentía como si fuese el padre de aquella niña traviesa y linda.

Una noche, al volver de su trabajo como quebrador, encontró sollozando a su anciana madre y a la Huilota. Inquiriendo la causa, supo que para todo el real, hacía tiempo que la joven era sencillamente su querida. Ésta lo sabía, pero guardaba silencio sacrificando su honra a la dicha de Luis. ¿Qué vale la reputación de una pobre? Para la sociedad, el capricho de un rico. Para ella misma... nada... porque la ignorancia no comprende que la virginidad pueda tener un valor. La joven por instinto callaba, pero la madre lo había sabido, gracias a uno de tantos amigos serviciales que son hechos ad hoc, y concluyó diciendo a Luis: “Es preciso que te cases y pronto”.

La noche anterior el pobre quebrador había trabajado en la labor de los maduros; durante el día, en el patio; era justo que descansara. Sin embargo, no pudo dormir un solo instante.

Su chiribitil de ramas sólo contenía una zalea o piel de carnero, extendida sobre un petate que a su vez cubría la tierra del piso; una piedra envuelta en trapos viejos le servía de almohada; por entre las ramas brillaban los astros, pero cuando llovía, el agua se filtraba en gruesas gotas por los mismos intersticios al través de los cuales podían admirarse los misteriosos esplendores de la creación.

Cuando la anciana terminó con aquella frase la explicación de su llanto, Luis fue retirándose a su chiribitil sin decir una sola palabra. La Huilota lo siguió, sentose junto a él y tomando las manos frías y ásperas del trabajador entre las suyas tibias, suaves y

sedosas, como las de todas las morenas, le dijo con la voz todavía empapada en lágrimas, acariciadora y dulcísima:

—Ya lo ves, chulo. Madre quiere que nos casemos. Ya yo sabía eso que dicen, pero no hacía caso. No tengas cuidado... si no quieres no lo haremos.

La joven, al decir esta frase, le oprimía dulcemente las manos y con sus grandes ojos negros fijaba una mirada volcánica sobre los ojos tristes del quebrador.

—Es preciso casarnos —murmuró éste—, tú no puedes quedar deshonrada y viud...

Se comió la última letra, pero ya la joven había comprendido y, lanzándose sobre él, palpaba con ambas manos el pecho, los brazos y la cabeza de Luis diciendo con voz precipitada y febril:

—¿Qué? ¿Qué dices? ¡Viuda! ¿Pero por qué, Dios mío? ¿Qué te he hecho, Luis? ¿Estás enfermo? ¡Dímelo! ¡Viuda... viuda! ¿Pero cómo, Luis? ¡Tú estás malo, tú me engañas, tú nada me dices y es que ya no soy la misma para ti... porque ya no me quieres! ¿Qué tienes, dímelo... qué tienes?

—Nada, mi vidita... nada —le dijo él acariciándola—, era por ver si me querías. Ya verás. Nos casaremos pronto y seremos felices... ¿Verdad?

—¡Sí... sí... ay! —exclamó la joven desfalleciéndose en los brazos del quebrador porque había recibido su primer beso... Era el primero de ambos en su vida. Las estrellas brillaban con tal intensidad, que parecían aproximarse mirando maliciosamente por entre las ramas.

Era una noche de primavera, tibia, perfumada, luminosa, de esas que el amor infinito ha creado para el dulce himeneo de los seres. Los perfumes errantes de la sierra los embriagaban, el aire estaba impregnado de savia, y la naturaleza balbuciendo promesas de voluptuosidad...

Luis se pasó una mano por su frente bañada de sudor y tomando a la hermosa india desvanecida entre sus brazos... penetró tambaleándose como un ebrio en la pequeña habitación. La cabeza de la joven estaba caída sobre su hombro, su seno palpitaba convulso y de sus labios entreabiertos brotaba un soplo ardoroso que venía dulcemente a acariciarle el rostro a Luis. Éste depositó a aquella virgen ardiente sobre el regazo de la anciana y volviendo a su tienda de ramas quedó solo... ¿Solo? No. Frente a frente de su conciencia.

VII

Recostose vestido en su humildísimo pero honrado lecho, procurando dormir. Su imaginación estaba exaltada, un estremecimiento ligero recorría todos sus miembros y de sus fosas nasales dilatadas escapábase su respiración fatigosa. Su cuerpo varió de postura dos o tres veces, sus pupilas atónitas parecían mirar algo que se le dibujaba entre la sombra.

Efectivamente, veía a Pepa. Primero de un modo confuso, vago, indescriptible. Sus contornos levemente esfuminados se movían con gracia, su boca le sonreía, sus ojos candentes lo abrasaban. Diríase una mujer de humo que iba aproximándose, y por esta acción, marcándose más el tono, el colorido y la vida de la carne. La veía hermosa, palpitante, apasionada; con el cabello en desorden, la camisa entreabierta dejando ver el nacimiento del cuello, con el resto del traje ondulando voluptuosamente, y con los purpúreos labios separados lo bastante para enseñar su dentadura pequeña, blanca y

abrillantada. Parecía como que trataba de besarlo y sentía sobre su frente la respiración fogosa de la criolla. Su aliento era un soplo de fuego.

Luis, enderezándose, se pasó las manos por su frente y por entre sus cabellos; después frotose los ojos y miró. La visión había desaparecido.

Volvió a recostarse y para ayudar al sueño, cerró los ojos. Las formas esculturales y vírgenes de Pepa se acentuaron más. La veía claramente, pero no entre la sombra... en su interior.

Su imaginación se la representaba siempre, pero de una manera diferente. Antes había pensado en el ángel, aquella noche pensaba en la mujer. Recordaba con júbilo el día en que tomando su brazo mórbido y divinamente modelado, había aspirado su sangre, aplicando sus labios sobre aquel cutis sedoso y tibio; veía su actitud vergonzosa, el pudor enrojeciendo sus mejillas y sus párpados semicerrados dejando escapar aquella mirada lánguida, dormida y ardorosa en que hablaban a la vez el alma y los sentidos de la joven. Recordaba también aquellas noches en que lo acariciaban sus manos finísimas, todas sus palabras apasionadas, sus movimientos indolentes y las llamas que brotaban de sus ojos. Y así pensando sentía moverse aún entre sus labios el beso de fuego que minutos antes acababa de arrebatarse.

Luis cambió de posición apoyando su pecho contra el piso y ocultando su cabeza entre sus brazos con impaciencia, tratando de oprimir su tetilla izquierda, que parecía de acero, contra la tierra, para atenuar así los latidos de su corazón que le palpitaba con fuerza. Dos o tres minutos permaneció inmóvil, pero repentinamente enderezó su cabeza con rapidez, mirando en torno suyo estupefacto.

Le había parecido escuchar el acento apasionado de la criolla. Al verse solo, su cabeza volvió a caer pesadamente sobre sus brazos. La voz sin embargo se dejó oír; era su voz trémula, precipitada, dulcísima, con extrañas entonaciones y con un timbre tan

suave que apenas la percibía. Ella le hablaba como él la veía, en el interior inmenso de su alma.

La voz le dirigía palabras tiernas y tristes, reconvenciones cariñosas, quejas que parecían cantos; era un trino, un murmullo, una melodía sin nombre que parecía balbucida por una flor o por un ave, y que se cambiaba después en frases vigorosas, en palabras que por ardientes se evaporarían al transcribirlas, acentuadas, convulsas, palpitantes y murmuradas con ese acento entrecortado y chispeante que tiene la pasión. Él, estremeciéndose, contenía su aliento para escuchar.

La voz se cortaba por intervalos y él pensaba... pensaba sin cesar, como si estuviese en medio de un sueño gozando de aquella pesadilla sublime. Sus sienes latían y sus arterias parecían romperse; un exceso de fuerza y de consternación obligábalo a temblar y a oprimirse con ambas manos su cerebro, que iba dilatándose, como si fuese a hacer explosión.

A cada instante aumentaba la hermosura fascinadora de aquella mujer. Él la veía como antes, pero no sólo animada por la vida, sino por esa elocuencia tempestuosa que todos sentimos en nuestro interior, aun cuando no todos podamos expresarla. Pensaba de un modo extraño transfigurando a la amante del lado de la esposa y veía moviéndose a la Huilota con provocativa gracia y como llamándolo al andar. Su pie pequeño, ligeramente encorvado y como resplandeciente por la juventud, por la morbidez y por el calor de la vida, asomaba debajo de su falda ondulante, en la que se dibujaban voluptuosamente sus formas ricas de juventud, de vigor y frescura. Pensaba en desanudar aquella gargantilla de corales que rodeaba su cuello de Venus y en descalzar aquel piecito de Hebe. Su fantasía avanzaba devorando a caricias todos los encantos sagrados y vírgenes aun a su mirada, de aquel sueño que lo embriagaba bajo la tentadora imagen de Galatea. Todo el pudor inconsciente de su naturaleza enérgica se sublevaba

en él. Rechazaba aquel torbellino de ideas que lo hacían sufrir y gozar a la vez. Luchaba, luchaba consigo mismo y era tal su mudo esfuerzo, que el sudor brotaba de todo su cuerpo. Ruggieri, roído su cráneo por las mandíbulas irritadas del conde Ugolino, no sufría como aquel desventurado corazón. Eva no fue más enloquecedora en el edén. Cleopatra hubiera sido casta, junto al tipo que la fiebre dibujaba de la hermosísima india. La ley que sostiene la vida se le imponía. El combate primitivo del paraíso se desarrollaba en él con toda su sencillez encantadora. Su voluntad resistía, pero en vano. Alejaba su pensamiento por algunos segundos y después, jadeante, rendido, aniquilado, volvía a las mismas ideas y a los propios sueños. Se debatía inútilmente entre los brazos de Mesalina, y con la resistencia, la lucha se multiplicaba.

Una media hora duró así. Después se enderezó y sentándose, su mirar calenturiento y extraviado se fijó en la inmensidad.

Algunas nubes volaban por el cenit dibujando, a los rayos de la luna naciente, cuerpos como de ángeles, que imitaban también formas como de blanquísimas Venus. Hubiérase dicho un cielo lleno de mujeres, que perseguían legiones de sátiros invisibles. Las alas de la brisa traían, envueltos en ondas de perfume, los rumores amorosos de los nidos lejanos. Toda la naturaleza parecía desfallecer de voluptuosidad y de amor. Las estrellas aparecían y desaparecían al través de la gasa de las nubes y en el horizonte las fogatas de las minas brillaban como rubíes sobre el fondo oscuro de la montaña.

El quebrador permaneció inmóvil sacudiéndose a veces como si lo tocara la chispa eléctrica. Sus ideas iban transformándose lentamente. Amaba también a Pepa y, ya lo hemos dicho, con ese amor, esencia de todos los amores, en el que se concentra la ternura de la amistad, el cariño respetuoso que nos inspira la madre y todas las aspiraciones supremas del espíritu a la idealidad. Vértigo de ascensión que nos levanta al Creador. Incentivo poderoso que nos multiplica la vida. Ansiedad infinita que no teme la muerte, que desafía al destino, al espacio, al tiempo, y que viene a ser como la sed y el hambre del alma, no saciadas nunca, no extinguidas jamás. La amaba con todas sus ideas, sus sentimientos, sus energías y no había en todo su ser espiritual, moral y físico, un lugar por pequeño y atómico que fuese, que no estuviera lleno en su plenitud de aquel amor. Él adoraba la luz brillante de sus ojos, la claridad inefable de su sonrisa, el timbre melodioso de su voz; todo lo que nacía de aquella alma lo aspiraba su espíritu sediento; sus pudores, sus juegos infantiles todavía y sus caricias, unas veces tímidas y otras delirantes de pasión. La respetaba como a una virgen y, sin embargo, la deseaba ardientemente como mujer.

La miraba tan pronto con la lejanía de una estrella, como con la proximidad del beso. La hubiera tomado con la exquisita delicadeza con que se toma entre los dedos una violeta y la hubiera sofocado entre sus brazos hercúleos en un acceso de celos como el cordero en las garras del león. Habría pasado su vida arrodillado delante de ella, sin tocarla jamás, contemplándola estático, absorto, endiosado con verla, y la habría matado por la multiplicidad, lo febril y lo arrebatado de sus caricias. Antítesis profunda y dualidad forzosa que tienen los verdaderos amores de la vida.

Hacía ya tiempo que él pasaba el día trabajando y pensando en ella, y la noche soñando con ella cuando dormía, o pensando si la pasaba pegado al cepo del trabajo. Hubiérase dicho que en aquel cerebro no existían ya ideas. Un solo pensamiento reinaba

sobre ellas. Aquella mujer, aquel ángel o aquella diosa, pues no podía distinguir con claridad lo que era. Todos sus actos giraban como un torbellino en derredor de aquel centro radioso de su espíritu, que lo deslumbraba cegándolo para toda otra luz que no fuese la suya. Su memoria no recordaba nada más que a ella. Era su voluntad como su idea, su deleite como su martirio, su apoteosis y su cruz. Su alma se concentraba toda entera en aquella otra alma a quien adoraba. Los cometas no obedecen más fielmente a la atracción solar, a pesar de las enormes distancias a que se alejan, como aquel hombre a la gravitación eterna y divina de su apasionado espíritu.

Las palabras de su anciana madre, “debes casarte y pronto”, habían despertado en aquel amor profundo toda la cantidad posible de deseos. Las voluptuosidades reprimidas por tanto tiempo estallaban al fin. El dulce ensueño de ser esposo se le aparecía con terrible vigor. Era preciso casarse, lo exigía el deber; lo exigían también la honra de aquella pobre niña, lo intenso de sus amores, sus abnegaciones, sus deseos, la orden terminante de la madre y la no menos poderosa o indiscutible de su conciencia. Era preciso, forzoso, indispensable el casarse, y a pesar de eso... era de todo punto imposible.

La madre y la Huilota ignoraban su enfermedad, pero él estaba seguro de morir pronto. Al presentarse a solicitar trabajo en la labor de los maduros, había creído que su naturaleza vigorosa resistiría. Resistió mayor tiempo que cualquier otro hombre hubiera resistido, pero al fin su sangre envenenada le dio terribles avisos. Días antes vértigos frecuentes lo atacaban, doblábanse sus piernas al andar y su mano, siempre certera para golpear con el macho, se extraviaba con frecuencia. Su mirada se iba debilitando con rapidez. Extraños ruidos le zumbaban en la cabeza y en los oídos. Su color pálido verdoso y su enflaquecimiento anunciaban la maduración. Era cosa concluida. Un mes

de prórroga y el maduro sería sencillamente un muerto. Casarse en semejante situación era absurdo.

Pero no hacerlo era también malo. Al morir quedaba aquella niña virgen y, sin embargo, deshonrada. Todos se creerían con derechos a ella. ¿Y ella misma qué no pensaría de él? Protestaría contra la calumnia, pero inútilmente, maldiciendo después al que en vez de protección, le daba la infamia. No haber cometido un crimen y dejarlo por herencia es doloroso. Héroe para sí mismo, pero bandido para los demás. Su sangre se le subía a la cabeza y le parecía ver entre la sombra dos espectros lívidos, su padre y el de la Huilota que le decían: “¡Mira... mira tu obra, miserable!”. Y también pensaba que al morir, aquella familia abandonada perecería por la miseria y que ella... la virgen respetada por él, querida, adorada, idolatrada hasta el delirio y la locura, se vería obligada a trabajar para vivir o a mendigar un pan, comprado con la vergüenza y la deshonra. ¡Hay tantos que compran las caricias por medio del hambre!

Cuando esta idea horrible brotó en su cerebro, se puso de pie buscando maquinalmente un arma para herir. Los celos se apoderaron de su corazón, que por aquel momento convirtiéndose en nido de emponzoñadas víboras que se lo despedazaban con furor. Si la joven se hubiera encontrado a su alcance, la habría estrangulado sin vacilar. Su pecho se levantaba convulsivamente como sollozando, pero sin que una sola lágrima brotase de sus ojos que relampagueaban. Una especie de rugido feroz salía por su boca jadeante y entreabierto. La mirada parecía blasfemar. Esto no es una figura. A veces también la mirada blasfema.

Viuda tal vez encontraría un apoyo. Sería compadecida y respetada. Veríase obligada a trabajar, pero podría sostenerse. ¿Quién sabe si podría volverse a casar? ¡No... no, casarse no! Esta idea le rompía el cerebro, le taladraba las sienas, le

despedazaba las entrañas. ¡Ella en brazos de otro! Mejor mil veces muerta. ¡Sí... sí... mil veces mejor!

Y con el paso receloso del tigre se dirigió a la puerta de la casa, y al llegar a ella se detuvo temblando y afianzándose con las uñas en la madera para no caerse. Su pecho hipaba de cólera.

Más de una hora se mantuvo así... ebrio de celos, desatinado de rabia, palpitante de ira y sosteniéndose y bamboleándose bajo el soplo furioso de las pasiones, que hinchaban su desgarrado corazón.

Las nubes proseguían sus lascivos juegos por el firmamento y los astros se prodigaban sus besos de luz.

IX

El desgraciado sufría horriblemente. Aquella hora parecía haber condensado todas las ideas lúgubres que puede contener un cerebro enfermo. El pensamiento comprimía interiormente su cráneo de tal modo, que éste parecía estallar. Una barrena penetraba en sus sienes y un estremecimiento doloroso le sacudía los nervios como si la fiebre lo invadiese. En una hora se puede sufrir pensando tanto como en un siglo.

Como las ideas voluptuosas habían sido reemplazadas por los celos y éstos a su vez por el anhelo del crimen, así también aquellas sombras horribles fueron desapareciendo gradualmente.

Matarla era sencillo y sin embargo no podía ser. ¿Qué culpa tenía la inocente? ¿Qué falta había cometido? ¿Cuál afrenta había que lavar? ¿Vengarse? ¿Pero de qué?

¿Tenía derecho para quitar la vida cuando no podía darla? Exterminarla en vez de sostenerla. ¿Pero esto era acaso posible? Matar un ser débil, delicado, indefenso, que no había más que adorarlo. ¿Pues qué... el amor, la ternura, la abnegación, se premian con la muerte? ¿Y matar a una mujer no es lo mismo que matar a un niño? ¿Matarla y matarla dormida... no era una doble infamia? ¿Y por qué, por qué? ¿Dónde estaba la razón para aquello? ¿Cuál era la causa? ¿Cuál el motivo? Ella lo quería tanto como podía querer. Él era su padre, su señor, su rey y esto la llenaba de orgullo. Ella le decía incesantemente que era su esclava y que él sería su adoración, su capricho, su ley, su universo, su Dios. Y esto lo decía porque lo sentía. Los hechos se lo confirmaban. No podía dudarle. Estaba convencido hasta el aplastamiento. Era el todo de aquella mujer. La gratitud, la confianza, el desinterés, la abnegación, los deseos, los sueños y las idealidades, fomentaban constantemente aquel amor y esto, en vez de labrar su felicidad, ¿había de producir su muerte? Un tigre hubiera tenido más compasión. El chacal era menos infame. Sólo la víbora muerde el seno que la abriga y por eso está condenada a arrastrarse. Y luego él... él, pobre pero honrado, laborioso, trabajador, él a quien citaban como modelo de hijos, como estímulo de padres, como codiciado esposo, ¿había de convertirse en un miserable, en un bandido, en un asesino? ¿Y de quién? De una mujer que lo amaba, de una huérfana para quien era todo su apoyo, de una criatura tímida como una paloma, temblorosa de pudores, infinitamente delicada a fuerza de sensibilidad, de una niña que a su primer beso se había desvanecido como herida por el rayo, por el exceso de emoción que probaba su virginidad, de un ser que tenía tanto de ave para todos los que la conocían, que hasta su apodo lo indicaba. La Huilota es una tórtola y aquella lo era en realidad. Un buitre, menos carnicero todavía, se hubiera contenido. Decididamente estaba loco cuando lo pensaba. ¿Él, asesino? ¡No! ¿Y asesino de una mujer? ¡Nunca! Él la quería con todo su corazón, con toda su alma, con todos

sus sentidos, y aquel amor había ligado a los dos seres con lazos indestructibles. Una cadena de bronce los unía. El granito y el cuarzo que él despedazaba, no tenían la dureza de aquellos eslabones. El acero que calzaba su macho era más quebradizo. La muerte misma nada podía contra ellos. Estar ausentes es como estar muertos. Él moría todos los días el tiempo que estaba lejos de ella. Él volvía a vivir cuando la miraba. Su amor en ambos era profundo, vigoroso, eterno. Él debía consumir aquella mezcla de las dos almas con el matrimonio. Sabía que un sacerdote al ligarlos para la tierra los ligaría también para el cielo.

Era preciso casarse. ¡Qué idea tan dulce! Casarse desde luego, al día siguiente en la mañana si fuera posible. Esto le exigía el deber. ¡Bendita exigencia! ¡Qué felicidad tan suprema! ¡Qué bondad inefable de la Providencia! ¡Cuánto tardaba en amanecer!

Todo esto lo pensaba paseándose inconscientemente en un terreno que existía frente a la casita. Traía sus manos entrelazadas por su espalda, a veces se detenía, después proseguía su marcha al acaso, recorriendo el mismo terreno, yendo, viniendo y tropezándose. Dos o tres veces, como reflejo de sus últimas ideas, la sonrisa había iluminado su semblante. La noche brillaba con indiferencia, pero estaba hermosa. La línea curva de la luna en creciente, parecía una rotura en el cristal azul de los cielos.

Él nada miraba más que el relampaguear interno de sus ideas. Casarse, eso, eso. ¿Pero cómo? ¿Con qué recursos, con cuáles elementos, dónde encontrar dinero? ¿Robarlo? No debía hacerlo y tampoco podía. Si hubiera sido posible lo habría hecho. En vez de ser un asesino sería un ladrón. ¡Qué vergüenza! La horca en vez del tálamo. Su reputación, que era su único caudal, expuesta en la picota pública. Llamarían a la Huilota la querida del ahorcado. ¡Infamación doble! Su familia arrastraría por él la cadena de la ignominia, su memoria en vez de respetada se vería maldita. ¡Vivir trabajando hasta aniquilarse para sólo comer y después, muriendo, dejar como recurso el

recuerdo de un crimen! La frente de su madre, a quien adoraba, se vería manchada por la saliva pública. Aquella mujer, que era su esposa por el alma, sería llamada entonces la ladrona. Aquellos niños, que eran como sus hijos por su abandono, serían arrojados de todas partes por temor de que robasen; les quitaba hasta el derecho de mendigar, les arrebatava hasta el mendrugo de pan que la caridad pública arroja con desdén a los huérfanos. ¡Pero si aquellos niños tenían toda la culpa! Cada una de sus boquitas era como un chupador. Eran las sanguijuelas de su vida. Devoraban su trabajo como lobos hambrientos. No los veía como antes, cual si fuesen ángeles, sino como canes hidrófobos. Sin ellos hubiera podido casarse y no habría tenido necesidad de trabajar con los maduros. ¡Con los maduros! Como quien dice con la lepra, con la corrupción, con la muerte. Su sangre estaba envenenada. Los niños habían sido coralillos para su vida. Querubes de inocencia que se transformaban en maliciosas sierpes. ¡Infames, malvados, miserables! Era necesario huir, abandonarlos, alejarse de allí con su paloma, con su vidita. ¿Pero adónde? ¡A otra parte cualquiera, a otro mineral, a un lugar que no le importaba cuál fuese, pero lejos, muy lejos, lo más lejos posible, Señor! Donde no los viese, ni oyera su voz, ni supiera nada de ellos, porque los odiaba. ¿Pero por qué a los pobres inocentes? ¡Si lo querían como a un padre! Si todo el daño que le causaban era acariciarlo con ternura, jugar con él, rodearlo con sus bracitos, llevarle flores y pequeños insectos que eran a la vez sus manifestaciones de gratitud y sus pobres obsequios. Si llamaban a la Huilota su mamá chica y la adoraban tanto o más que a él, era porque la querían como quieren los niños, sin el interés que produce el deseo. ¡Eran tan serviciales, tan humildes, tan sumisos! Él, con sólo pensar un instante en su abandono, había cometido la más cobarde de las infamias. La ingratitud es el primero de los crímenes. Todo lo anterior era oscuro, pero aquello era negro. Satán fue precipitado al abismo por ingrato. Los niños están cuidados por ángeles y los huérfanos por Dios.

Ahora y no antes es cuando estaba loco. Era asesino y ladrón. Asesino de niños y ladrón de la vida de unos huérfanos, que eran sus hermanos y sus hijos. Su deber era sacrificarse por ellos. Casarse era un absurdo permaneciendo allí. Abandonarlos... ¡nunca! Prefería morir.

Si es cierto que cuando se piensa se gasta una cantidad de fósforo, la cabeza de aquel hombre debe haberse visto rodeada de flamas en medio de la oscuridad luminosa de la noche. En las profundidades del firmamento se cruzaban con vertiginosa rapidez esos huracanes de estrellas que se llaman nebulosas, y una tempestad de ideas soplaba como formidable simún bajo el cielo interior de aquella frente.

Esta lucha, que se desarrolla entre las pasiones y el deber, siempre en proporción al adelanto moral e intelectual de los seres, es el más grandioso de todos los fenómenos que presenta la dualidad humana. Es la lucha terrible palmo a palmo. ¿Contra el destino? No. Inclinémonos con respeto. ¡Es el combate contra la conciencia... eco interior en el alma de la palabra de Dios!

X

Esas abstracciones profundas han producido en los seres de cierta inteligencia los genios, y en los de sentimiento, las maravillas de la abnegación. Mientras más ilustrada está la inteligencia, el combate es mayor, pero el éxito está más seguro. De aquí la necesidad de la instrucción y del estudio. Instruyéndose aumenta la vista inmaterial del espíritu. Estudiando se perfecciona su audición. Entonces el deber se ve con mayor claridad y la conciencia se escucha fácilmente y se la comprende y se la obedece. El

deber es como el derecho... un astro en el firmamento del alma, visible para todo el que quiere verlo. Dos lentes pueden aplicarse... el corazón o la inteligencia. O sentir o pensar mucho. De aquí nacen la virtud o la sabiduría. Vicente de Paúl o Humboldt. Por mi parte, tanto como me comprendo pobre de inteligencia, me siento poderoso de corazón.

Seguir paso a paso las evoluciones y el encadenamiento de las ideas en el cerebro, es tan difícil como dar forma a lo que es inmaterial. Por esta razón, apenas trazamos vagamente y a grandes rasgos, los principales centelleos de aquella inteligencia y de aquellas pasiones en abierta, desesperada y tormentosa lucha.

Luis, oprimiéndose la frente con ambas manos, moviéndose automáticamente y pronunciando a veces palabras que él mismo no escuchaba, proseguía su monólogo mental. Los deseos, los celos y el amor luchaban con los deberes. Titanes contra leones.

Las horas se deslizaban por sobre la tierra, como las nubes bajo los cielos, perdiéndose ambas en el abismo de la eternidad.

Procuremos condensar. No podía casarse por miseria. No podía abandonar a su familia por deber. No podía tampoco casarse, porque tal vez la enfermedad que lo arrastraba a la tumba, sería transmitida a la inocente y pudorosa virgen. Seguir trabajando era morir por maduro, y suspender era morir por el hambre. En ambos casos la huérfana quedaba deshonrada y envilecida. Sólo había una resolución que adoptar. Con el dinero invertido en los alimentos de una semana, pagar los derechos del matrimonio y después... respetar a la Huilota como si fuese su hija.

Pero como los alimentos no podían suprimirse era preciso aumentar el trabajo.

¡Aumentar el trabajo! ¿Pero acaso era posible? De las siete noches de una semana trabajaba tres, y cuatro, más que de sueño eran de insomnio; más bien que de descanso eran de una diversa fatiga. ¡Fatiga terrible! Luchas de deseos, de pasiones, de

deberes, en una naturaleza combatida, en un cerebro enfermo, en una sangre anémica y envenenada, a la que le faltaba la nutrición, el oxígeno y la luz. Trabajar, sí, trabajar... pero ¿con qué fuerzas, Dios mío? ¿Dónde encontrar músculos que no se gastasen? ¿Cómo volverse de acero? ¿Cómo evitar el dormir? ¿Cómo dejar de pensar para que todas sus energías no se gastasen con las ideas y concentrar nuevas fuerzas para un nuevo trabajo? Su vida, en cambio de unas cuantas monedas para poder pagar aquellos derechos. Su alma, si Satán quería comprarla. Todo... todo con tal de salir de aquella situación. Sí, aumentaría el trabajo, aun cuando no pudiese, no importaba, él lo podría. En vez de trabajar con los maduros sólo durante la noche, trabajaría sin cesar con ellos. Era precipitarse a la muerte. ¿Y bien? Sea. Suicidio pensado, discutido, aceptado. Sea. Su vida era al fin suya. El destino lo obligaba estrechándolo en sus brazos de bronce. Que éste contestase a las responsabilidades y a los cargos. El suicidio, probable cuando comenzó a trabajar con los maduros, era entonces definitivo. Él lo apresuraba sabiéndolo, reflexionándolo, calculando los días que le faltaban vivir. Es decir, aceptaba por el sufrimiento, el crimen. Se sublevaba en contra de la ley. Era un cobarde, un ser débil, un muñeco sin voluntad, sin energía, sin el fondo viril que esencialmente constituye al hombre. Sea. Era un miserable atentando a su vida. Sea. En cambio la Huilota sería su esposa; su pureza no se vería mancillada, y quién sabe. Era preciso apurar el cáliz. Tal vez más tarde... otro hombre más feliz que él, y sobre todo... más digno... se casaría con aquel ángel... ¿Qué valía su vida en cambio de la felicidad... probable... de aquella mujer?

Y así pensando, las horas pasaban veloces como algunas estrellas errantes que de vez en cuando cruzaban la atmósfera. Una niebla ligera y espumosa bordaba el horizonte. Las fogatas comenzaban a extinguirse y las golondrinas a cantar. Los astros palidecían. El quebrador, largo rato antes, había acabado por sentarse sobre la tierra

húmeda por el rocío del alba, que comenzaba a perfilar los picos de la sierra con su indefinible claridad.

Así continuaba pensando y sufriendo. Horas negras en que todo lo que se puede sufrir lo había sufrido y todo lo que se puede pensar lo había pensado. Aceptaba la muerte, sin darse cuenta y sin comprender él mismo, que lo que hacía y que consideraba como un suicidio, no era otra cosa más que un rasgo sublime de abnegación. Si aquella niña le hubiese visto y hubiera también podido leer en el fondo de su pensamiento, habría cambiado su amor en loca idolatría o tal vez, triste es decirlo, pero lo más probable es que no lo hubiera comprendido.

Los dedos rosados de la aurora descorrían sus cortinajes de púrpura por el oriente. El quebrador, recostado sobre la hierba que cubría la tierra, parecía dormir, pero sus ojos abiertos fijaban una mirada inmensa en las profundidades insondables del cielo. Su frente estaba cubierta de rocío y tal vez también el alma.

El amanecer, millonario siempre de oro, continuó derramándolo a torrentes sobre el horizonte, y cuando la luz fue bastante clara para poder distinguir los senderos, el quebrador se puso de pie, dirigiéndose después lenta, muy lentamente para la mina. Andaba con dificultad y como vacilando sobre sus piernas que se doblaban; un círculo violado rodeaba sus párpados, destacándose esta sombra sobre una fisonomía casi lívida. Al verlo, cualquiera hubiera creído que era un cadáver en movimiento. El frío de la madrugada le causaba ligeros temblores y, a veces, el vértigo que lo atacaba, lo hacía detenerse bamboleando. Miraba vagamente con ojos opacos y tristes. Sin embargo, aquel hombre se sonreía...

El alba y la conciencia estaban de acuerdo.

XI

El quebrador llegó al patio de la mina y se detuvo contemplando un espectáculo extraño, pero curioso.

El pueblo de noche, compuesto de unos dos o tres mil hombres, salía del interior de la mina en la estricta formación que se les exige, es decir, de dos en dos; aquello formaba una cadena humana, que tal parecía, por lo sucio de los trajes; una cadena de presidiarios que se movía sobre sí misma, enredando y desenredando sus enormes anillos y que se agrupaba por la falda de las lomas. El pueblo de día, formado de igual número de gente, esperaba en el patio la hora de raya, que es la de las seis de la mañana. Las pepenadoras, algunas de las cuales vestían elegantes trajes, esperaban también fuera del patio para darse calor y sobre todo ánimo, bailaban con los quebradores y con los mandones, un baile inventado entonces y que se llamaba indistintamente, el jarabe de los calambres o el jarabe del cólera.

Hacía algunos días, en efecto, que el cólera morbo diezmaba la población de Guanajuato; y esa noche había comenzado en el real de La Luz y en la mina de la cual éste tomaba el nombre, no sólo con cólera, sino con desatinada furia. Habían muerto unas treinta o cuarenta personas en doce horas, pero como sucede siempre, el terror exageraba el número, haciéndolo subir a más de cien. Ambos pueblos estaban conmovidos y esperaban la salida de los coléricos.

Cuando el pueblo de noche acabó de salir tocóle su turno a la comitiva fúnebre. Cada barretero llevaba sobre sus espaldas a uno de sus compañeros ya cadáver. Las caras lívidas, amoratadas, descompuestas, que presentaban todavía las contracciones de aquellas agonías terribles, se iluminaban de un modo lúgubre con los rayos dorados del

sol naciente. Un montón minero se formó con rapidez en el patio y la multitud se amotinó rodeándolos y gritando: “¡Los coléricos! ¡Los coléricos!”.

A este grito, las pepenadoras se sublevaron y forzando la puerta del patio, se precipitaron también hacia el grupo de cadáveres; unas, por simple curiosidad, y las otras, para examinar si entre ellos se hallaban sus maridos o sus hijos.

Detrás de los muertos salió un grupo de unos doscientos hombres, pálidos, delgados, enfermizos, que se apoyaban los unos en los otros para poder andar y que, tras de los cadáveres, formaban como una procesión de espectros. Al grito de “¡los coléricos!” que vociferaba toda aquella gente, se mezclaron otras voces que aullaban con tristeza: “¡Los maduros! ¡Los maduros!”.

Entonces la muchedumbre formó un verdadero motín. Aquellos cuatro o seis mil hombres y las mil mujeres se pusieron a bailar con frenesí. La turba aullaba, cantaba, vociferaba en todos los tonos, y formando un torbellino, se confundía en un solo grupo original y festivo, que danzaba como poseído de un vértigo, girando en torno del grupo de los cadáveres. Los barreteros sacaron unas tripas secas de carnero o cerdo, en las que ocultan el aguardiente que les está prohibido, y comenzaron a beber. Las mujeres los animaban y los morrongos corrían a comprar en las tiendas próximas, botellas de mezcal o de alcohol de caña, y naturalmente con esto, el desorden crecía. El director y los demás empleados de la mina observaban en las puertas de las diversas oficinas. El resguardo con sus armas al brazo esperaba de pie firme formado enfrente de la dirección. Sin embargo, era imposible contener el motín, porque toda aquella muchedumbre estaba armada de barretas y de gruesos martillos. El resguardo, caso de que hubiera obedecido, lo cual era cuestionable, habría sido hecho pedazos por las manos de aquellos furiosos. Era preciso esperar que la fatiga o la embriaguez terminasen el fandango.

Se bailaba el jarabe de los calambres. Era una danza fantástica, hija legítima de las danzas indianas, en las que todo se permitía al bailar. Las mujeres y los hombres se mezclaban sin orden alguno, haciendo visajes, cabriolas y contracciones variadísimas, en las que se procuraba copiar las agonías terribles de los coléricos. Muchos llevaban la exageración hasta el grado de caer revolcándose en el suelo, en medio de convulsiones horrorosas, y algunos, sea que en aquel momento los atacase el cólera o sea que lo llevasen ya en su sangre, imitaban los calambres tan al natural que no volvían a levantarse jamás. Se les aplaudía furiosamente y la danza volvía epileptica. Las enaguas de seda y de colores chillones de algunas pepenadoras se mezclaban destacándose y formando contraste con los trajes de manta sucios y lodosos de los barreteros y con los harapos de los maduros, que se agitaban como fantasmas en medio de aquella multitud que parecía ebria de júbilo y que en realidad estaba desatinada de terror; lo cual procuraba olvidar embriagándose, danzando y burlando con su lascivo juego, aquella muerte que se cernía sobre sus crespas cabezas, que imitaban las rudas melenas de aquellos leones de la sombra.

Los hombres se encogían sobre sí mismos, se plegaban sobre sus rodillas, y en la postura en que se bailan los enanos, se agitaban confusamente haciendo gestos a los cuales se mezclaban furiosas blasfemias. Las mujeres, imitándolos, torciéndose los brazos con desesperación y cantando estrofas obscenas, se les atravesaban en todos sentidos, bailando, a la vez que los calambres, lo que llaman vulgarmente el zapateado. Los maduros y los morrongos, los unos como los fantasmas de la muerte y los otros como sus larvas, se mezclaban en el tumulto en cuyo centro permanecía inmóvil el repugnante grupo de cadáveres. Era una orgía desenfadada que saludaba estrepitosamente la proximidad de la tumba.

La atmósfera estaba diáfana y purísima. Las gotas de rocío temblaban sobre los cálices de los nardos y de las azucenas silvestres, que abundan en las serranías de Guanajuato y que cubrían de blanca alfombra de flores la superficie accidentada de las lomas. Las tórtolas con su triste canto y los gorriones con sus dulces trinos, festejaban aquella mañana risueña; algunos cirros lejanos, delicados como el encaje de Inglaterra y ricos en colores como el ópalo, esmaltaban con lujo de iris el azul turquí de los cielos.

Una hora después la tumultuosa locura de toda aquella gente había llegado a un límite indescriptible. La masa humana, ebria, sanguinolenta, desgredada, furiosa y horrible, se agitaba en una última y suprema convulsión... y el sol, como la pupila de oro del firmamento, miraba por encima del horizonte aquella cosa miserable.

XII

El motín terminó como termina todo en la vida. A las ocho se rayó el pueblo, exceptuando algunos ebrios que fueron arrojados del patio. Quitose el montón de cadáveres de entre los montones de azogues o piedras de plata, y el trabajo de la mina continuó con indiferencia. Momentos después oíase el siempre acostumbrado y valiente alerta: “¡Sin novedad!”.

El quebrador, después de recomendar a un mandón de patio que le recogiese su almuerzo de manos de la Huilota y que se lo mandase al interior de la mina, sin decirle a ella dónde trabajaba, para no alarmarla, se colocó entre los maduros que bajaban de día y fue rayado, o lo que es igual, obtuvo trabajo.

La mina tenía su puerta y su camino escalonado para bajar a los planes, pero los maduros preferían bajar por lo que llaman chorizón; lo cual consistía en que a un cable de bajada, se ligaban treinta o más hombres, separados entre sí por una distancia de una o dos varas. El cable comenzaba a desenredarse de su malacate y a sumergirse en el agujero vertical del tiro. Algunos llevaban teas para alumbrar a los demás y para ver las paredes, contra las cuales, por el movimiento de péndulo que tomaba el cable, podían fácilmente estrellarse. Basta para evitar esto, apoyar ligeramente el pie contra la pared del tiro y tener lista la mano, para apoyarla en la pared opuesta, contra la cual lo arroja a uno el impulso producido por el pie. Los hombres anudados al cable por la cintura, se llamaban por el momento chorizos, y al calabrote así engarzado, chorizón.

—¿Cuántos chorizos bajan a los maduros? —preguntó un cajonero, o sea un vigilante del tiro.

—Sesenta conmigo... —contestó el quebrador, que era el último, o sea el primero, en la parte superior del cable.

—Que la Virgen Santísima y todos los güenos santos los acompañen —dijo el cajonero, y volviéndose hacia el malacate gritó—: ¡Arrea! ¡Jup... jup!...

A su voz moviéronse las mulas y el cable comenzó a hundirse lentamente produciendo un rechinar especial.

El despacho interior del tiro estaba situado a unas 200 varas de profundidad, pero a las 20 el quebrador iba ya desvaneciéndose. El que seguía debajo de su cuerpo le interrogó:

—¿Te sientes mareao? (*con vértigos*).

—Sí... mu... cho... —contestó con voz opaca.

—¿Quieres voltear la peseta? (*sientes náuseas*).

—No... siempre que ba... jo me pasa lo mis... mo.

—¿Vienes bien amarrao con el caballo? (*sujeto al cable*).

—Sí...

—Entonces no hay cuidao —dijo aquel hombre sin hacerle ya caso.

El quebrador se sujetaba con ambas manos del cable y cerraba los ojos para desvanecerse menos. En algunos minutos llegaron al despacho y desanudándose, siguieron su camino llegando a su respectiva labor.

Ya hemos dicho lo que ésta era. Uno de los pozos de patilla más profundos que tenía la mina y en la que abundaba el rosicler. Allí se trabajaba ocho horas consecutivas y después de tronar los barrenos, el pueblo era sustituido por otro de refresco.

En medio de la sombra, las candilejas de manteca apenas daban una luz rodeada de una aureola amarillenta, que acentuaba la lividez de los semblantes.

Para una pluma hábil (la cual no tenemos) las labores de las minas profundas presentan un magnífico estudio de claroscuro, pero a nosotros nos alejaría de nuestro objeto, que es sencillamente el seguir la vida del quebrador. Éste era la cabeza de una parada, es decir, de los dos hombres que la forman, el que maneja el pico. Su compañero le decía:

—Pélate bien el jalisco (*abre los ojos*), no vayas a descuacharrangarme una mano (*a despedazármela con un golpe*).

—Miro bien. No temas. ¿Qué se ha hecho el Tecolote? (*apodo de un barretero*).

—Ya no lo columbrarás (*mirarás*), se jue de maduro (*murió de esa terrible enfermedad*).

—¿Y el Mallate? (*apodo de otro*).

—Anoche le limpió el cólera su casa y ya no bajará aquí. (*Le mató toda su familia y ya no tiene necesidad de trabajar.*)

El quebrador, estremeciéndose, guardó silencio y continuó pegando martillazos contra la barrena, que su compañero sostenía. Éste prosiguió:

—Dicen que los patrones (*los accionistas*) tienen hoy fandango (*baile*) en Guanajuato.

Efectivamente era así. En uno de los patios de una casa rica en Guanajuato se daba un baile.

El piso estaba alfombrado de fino terciopelo guinda, salpicado de lentejuela de plata, y en el centro del patio, con riscos, se había improvisado una mina en miniatura. El efecto era magnífico y en la fiesta se habían gastado unos quince mil pesos. El rumor llegaba a la labor de los maduros, como puede llegar al infierno el canto de los querubes en la gloria. A esto se refería el barretero.

—¿Y qué nos importa? —le contestó el quebrador.

—Naá, compagre (*nada, compañero*), pero tres o cuatro morrongos (*niños*), por coger achichicles (*riscos*), se han estrellao (*roto*) la cholla (*cabeza*) en los tiros.

Como se ve, el color de la alfombra era un poco significativo.

—¿Cuántas cargas produce la mina por semana? —preguntó el quebrador para evitar su respuesta.

—De cinco a seis mil...

—¿Y dicen que valen?

—Cien mil grullos (*pesos*) en plata pasta.

—¿Y no dicen si aumentarán jornales?

—Sí. Ofrecen un real más por cabeza y medio más por faenero.

—¡Que Dios bendiga a los patrones! —murmuró el quebrador tristemente.

Digámoslo de paso. El jornal llegó a subir hasta el doble... pero la extracción de carga también.

Así dialogando a veces y sin cesar de trabajar, los dos desheredados llegaron a medir en su barreno cinco cuartas de profundidad. Esto por medio de ocho horas de incesante afán.

El quebrador, pensando constantemente en la Huilota, se puso a cargar el barreno.

Introdujo unas 12 onzas de pólvora en el taladro, después un puñado de tierra, y tomando en su mano izquierda el atacador, comenzó a golpear encima de éste con la mayor precaución posible... pero a los primeros golpes, alguna chispa arrancada del cuarzo por el roce del fierro, inflamó la pólvora, y el taladro, sin romperse y como un cohete, arrojó una lluvia de fuego sobre la cara del quebrador. Éste cerró los ojos violentamente y cayó hacia atrás.

Sus compañeros lo llevaron al despacho y para poder curarlo, fue sacado por el tiro. El sol bañó la cara de aquel hombre, que estaba negra por la pólvora, y el médico lo reconoció. En el acto dijo que no había ningún peligro y que a los ocho días estaría absolutamente sano.

El quebrador de pie, en medio de un grupo, había guardado silencio mientras duraba el reconocimiento. Al concluir interrogó:

—¿Estoy en el despacho de abajo del tiro o en alguna labor?

Todos se estremecieron sin contestarle...

El sol bañaba su rostro y no lo veía... ¡El infeliz estaba ciego!...

Mientras le practicaban las primeras curaciones, el médico le explicaba que sería fácil [que] cegase si durante algunos días no se cuidaba con el mayor esmero. Él temblaba guardando silencio, tal vez atolondrado todavía por la explosión. El doctor, como se comprenderá, trataba de ganar tiempo para que lo fuesen preparando sus amigos, que entretanto hacían una colecta entre los trabajadores para ayudar a socorrerlo. Éste daba un medio, el otro un real y algunos hasta dos; en minutos se reunieron más de cien pesos que le fueron entregados en el acto, los que él recibía con muestras de profunda gratitud. Se puso en medio del patio un sombrero ancho de palma con un letrero que decía: “Para un pobre quebrador que acaba de quedar ciego”. Los barreteros que salían o entraban a la mina, se aproximaban con curiosidad y al ver que se trataba de una limosna, arrojaban en la copa del sombrero algunas más, para ayudar a su pobre hermano. Durante la tarde reunióse otra cantidad igual.

El quebrador, guiado por otros dos de sus amigos, con la frente y los ojos vendados, se puso en marcha para su casa. ¿Qué pensaría aquel cerebro tan rudamente combatido por el ariete del destino? El filósofo calla, medita y observa.

Como soñador, soy el primero que sufro cuando el realismo me obliga a descubrir escenas que no quisiera ni pensar; refiero lo que me ha sido referido; no invento, copio; no hay en esto fantasía, hay realidad profunda. Sólo me queda un derecho. Sin faltar a la narración, condensar con la rapidez posible los acontecimientos.

Digámoslo de una vez. Los primeros casos de cólera en el real de La Luz, lo mismo que en Guanajuato, duraban apenas tres o cuatro horas; después llegaron a prolongarse tres o cuatro días. Esta velocidad para morir producía un inmenso terror que tal vez ayudaba a la muerte. La falta de energía es la causa de todos nuestros males. Por eso los buenos médicos atacan a la vez que la enfermedad, la imaginación del enfermo. Nuestro planeta está caracterizado más que por el orgullo, por la debilidad. Los que

llamamos genios son sencillamente los hombres enérgicos, es decir, los espíritus fuertes.

En aquella mañana, los niños todos y la madre del quebrador habían perecido víctimas de la peste que asolaba con rapidez a los dos minerales. Sólo el mayorcito, que había escapado, acompañaba a la Huilota. Ambos sollozaban dolorosamente.

Los barreteros que guiaban al quebrador se detuvieron consternados en la puerta. Éste avanzó hacia el centro de la habitación atónito, escuchando aquellos sollozos y amedrentado por lo que creía adivinar; aquella frase de su compañero de parada, “le limpió la casa”, bullía en su memoria y le quemaba... Su voz acongojada y temblorosa balbuceó estas sílabas benditas:

—Madre...

Los sollozos aumentaron. Él, con las manos convulsas, extendidas al aire, por delante de sí, trataba de avanzar... Sus pies tropezaron con el cadáver de uno de los niños... Se inclinó y al tocarlo yerto, dobláronse sus piernas; arrodillose junto al cadáver y con una voz tan trágica, angustiada y desgarradora, que hizo erizar los pelos de los barreteros, y sacudiendo sus brazos en el aire como si se ahogase... gritó:

—Madre... ¡Madre! ¡Madre!

Era tan profunda la agonía de estos gritos que la Huilota y el niño contuvieron sus sollozos y se quedaron inmóviles, con las pupilas dilatadas, en las que se leía el espanto, mirando a aquel hombre. El silencio fue completo en torno suyo.

Entonces él se puso de pie... Rígido como una varilla de acero, con una especie de espuma sanguinolenta sobre sus labios y con un movimiento febril, se arrancó la venda que le cubría la frente y trató de mirar. Sus ojos, cuyos párpados estaban horriblemente quemados, giraron como los ojos de un epiléptico, dentro de sus órbitas.

Su boca, moviéndose convulsivamente, gritó con el acento que puede tener un condenado:

—¡Ciego... ciego, Dios mío!

Y girando sobre sí mismo, cayó desplomado y en apariencia tan muerto como los cadáveres que cubrían en parte el piso de la pieza.

Los gorriones trinaban dulcemente en el alero del tejado. Un rayo del sol que comenzaba a declinar, penetraba por la parte superior de la puerta y en su columna luminosa brillaban infinidad de átomos de polvo, copiando aunque en pequeño los colores brillantes del iris.

El rayo no es más rápido al caer, que lo fue la joven al arrojarle sobre el quebrador. Cesaron sus sollozos y tomando aquella cabeza casi inerte, la examinó con ansiedad y al ver que vivía, la abrigó en su seno. Después levantó la mirada con fiereza fijándola en los barreteros, como si éstos hubieran tratado de quitárselo. Una pantera defendiendo a sus cachorros tiene movimientos y miradas así.

Los dos hombres apenas respiraban. Inmóviles como estatuas de bronce parecían guardar la puerta. Granito que piensa, tal figuraban aquellos dos atletas de la sombra. Medusa parecía haberlos mirado.

La Huilota no sollozaba, pero sus lágrimas silenciosas, y por lo mismo más terribles, caían sobre el rostro quemado del pobre ciego, cuyo pecho se agitaba convulso, pero sin que de sus ojos brotase una lágrima ni de su boca un sollozo. Aquel hombre de mármol no había llorado nunca en su vida. El dolor parecía haberlo aniquilado, pero había sido impotente para arrancarle esa gota de la hiel del alma a que se llama lágrima. ¡Quién sabe si en aquel momento querría llorar pero sin poder hacerlo! Esos dolores así reprimidos, producen en los cerebros débiles la enajenación

mental y en los vigorosos la poesía. Las estrofas son las lágrimas de los poetas. Cantar es su manera de llorar.

Por lo demás, creo que si aquel hombre no hubiese cegado antes y hubiera podido contemplar aquel cuadro siniestro, que presentaba su familia, tal habría perdido la razón. La vista es, de todos los sentidos, el que obra más poderosamente sobre el cerebro. Ver casi reemplaza a pensar. Esta idea me parece de Honoré de Balzac. Disgústame robarme las ideas de otro... conscientemente. A cada uno lo suyo. Digo como alguien ha dicho: "Mi vaso es pequeño pero bebo en él". Plagiar, literalmente hablando, es perjuicio a uno mismo.

La luz del sol acariciaba con sus tibios rayos los cadáveres esparcidos en la pieza, y los gorriones, sobre el alero del tejado, continuaban contándose en dulces gorjeos, los ensueños de aquellas cabecitas color de fuego, que gastaban su talento en lo más útil tal vez que hay en la vida... en levantar sus trinos al Señor.

XIV

El pecho de aquel hombre, que se agitaba por lo que podríamos llamar sollozos interiores, se fue sosegando gradualmente y su fisonomía serenándose, hasta que apareció con la calma y la tranquilidad que se reflejan en el rostro de una persona dormida. Al verlo así, la Huilota se asustó creyendo que iba a morir, y tomando su cabeza con un movimiento nervioso, imposible de explicar, besó convulsivamente los ojos y los labios del quebrador. Todo había en aquellos besos... angustia, compasión, ternura y amor. Una descarga eléctrica sacudió el cuerpo de Luis que, enderezándose,

estrechó con fuerza contra su pecho el talle mórbido de la joven. Su dolor estalló en frases:

—Tú... eres tú... ¡mi Huilota, mi Pepa, mi vida, mi alma! No has muerto, ¿verdad? ¡Y no puedo verla, Dios mío! ¡Te creía muerta también! Pero no... no... ¡tú no me has abandonado! ¡Qué hubiera sido de mí! Mira... tú no sabes, ¡la pólvora me ha dejado ciego! ¡Ya no te veré nunca... nunca!... ¡Viviré como un condenado por no verte!... Pero oye... no tengas cuidado... todavía puedo trabajar. Cargaré tercios para la romana. Para eso no se necesita ver. ¡Pobre madre mía! Ha hecho bien en morir... ¡Pero háblame, chula! Háblame... ¡que oiga yo tu voz ya que no puedo mirarte! Eres tú, ¿verdad? ¡Tú, mi cielo!...

La Huilota estaba casi sofocada por el brazo del quebrador; las lágrimas desaparecían por intervalos, y sus hermosos ojos negros estaban inundados de deleite y voluptuosidad. En las mujeres de temperamento nervioso y ardiente, como lo era aquélla, el sufrimiento, por reacción, despierta de un modo terrible todas sus fogosidades.

—¡Sí, yo soy!... —gritó la joven besando como una loca la cara descompuesta de su amado—. Yo, tu Huilota... ¡tu hermana, tu esposa, tu querida! ¡Lo que tú quieras que yo sea! ¡Yo trabajaré para ti! ¡No, no estás ciego! ¡No importa que lo estés! Yo sabré curarte. ¡Yo sabré guiarte!... ¡Oh, te quiero... te quiero!

Y la muchacha, conmovida, jadeante y trémula, multiplicaba sus apasionadas caricias.

El dolor embellece de una manera fascinadora a la mujer. Seamos francos. Nunca es tan hermosa, como cuando se defiende de nuestros halagos, cuando tan pronto resiste como se entrega a nuestras caricias, cuando el sufrimiento se funde en los placeres y las lágrimas se mezclan a los besos, a las manos que convulsas se cubren las

encendidas mejillas y a la voz que se queja y reprocha, y atrae y acaricia. ¡No pidamos después mayores goces sobre la tierra!

La Huilota estaba más que nunca hermosa. Todo su rostro estaba encendido por el rubor y animado por una extraña mezcla de voluptuosidad y sufrimiento. En sus ojos brillaban a la vez el deleite y las lágrimas. Su voz tenía entonaciones de fogosa energía y de infinita dulzura. Sus frases eran inconexas al parecer; sin sentido, sin unión, sin forma, pero dotadas de esa elocuencia irresistible que denuncia al sentimiento y que encierra más poder que las frases mejor combinadas del más eminente pensador.

—Pero tú no sabes —le replicaba el infeliz ciego—, tú no sabes que estoy enfermo, que mi sangre está envenenada, que pronto moriré tal vez. ¡Tú quedarás sola, sin familia, sin apoyo, sin protección alguna! ¡Oh, tú no conoces la vida! Eres bonita y ése es tu peligro, ¡Dios mío! Para qué prolongar esta agonía. ¿Por qué no morir de una vez?

—Morir tú —gritaba la joven enlazada aún por los brazos de su amante—. ¡Morir tú! ¿Pero por qué? ¡No, no, tú no morirás! Pero si tú no puedes morir. Si eso no puede ser. ¡Si es imposible! ¿Pero dónde estaría Dios si eso sucediera? Me vuelves loca. No temas nada. ¿Qué te he hecho? ¿Para qué martirizarme así?... Yo te quiero... te quiero... ¿Cómo habías de morirte si tengo que ser tu mujer? ¿Habías de dejarme para que me convirtiera en una perdida? ¡Oh! Si tú no eres un infame. Si tú no eres malo. ¡Dios mío... Dios mío!... ¡Que viva, Señor!... Tú bien sabes que es mi padre y mi esposo, mi hermano y mi todo... No... no, tú vivirás... ¡vivirás para mí!

Toda esta explosión de frases iba mezclada con una lluvia de besos, de lágrimas, de sollozos y de gritos en los que hablaba el corazón indiano de la criolla.

—Pero, mi vida, tú no sabes que para que mi pobre madre y mis hermanos comiesen... he tenido que trabajar con los maduros y...

—¡Te curarás... te curarás!... —decía la joven interrumpiéndolo y sollozando—. ¡Te curará Dios o lo haré yo o lo hará mi cariño! Te volveré la vida que por mí has querido perder. ¡Lavaré tus ojos con besos y si te falta sangre, te daré la mía! Seré más que tu esclava. ¡Oh, si tú me quisieras no me hablarías así!

Y la joven, sin cesar en sus caricias y con la mayor dulzura, volvió a colocar las curaciones y encima de ellas la venda que las cubría. Después reclinó la cabeza del quebrador sobre su seno comenzando a arrullarlo como si se tratase de un niño. Toda vez que éste intentaba hablar, con gracioso movimiento le tapaba la boca y le exigía que se durmiese, que se callase, que descansara un poco. “Estate quieto, hijito lindo”, murmuraba besando la mano o la frente de aquel hombre, que la obedecía, cediendo tanto al poderoso magnetismo del amor, como al agotamiento nervioso que el exceso de emociones comenzaba a producirle. Todo esto, unido a la extenuación por el insomnio de las noches anteriores, a la debilidad causada por la falta de alimentos y apenas sostenida por la calentura, que se desarrollaba con la supuración de las quemadas, y sobre todo al atolondramiento natural en que se hallaba, hizo que cayera en una especie de sopor tan profundo, que no le permitió escuchar el ruido producido por los barreteros que sacaban de la pieza los cadáveres y que haciendo señas de inteligencia a la Huilota, se alejaban de allí como los personajes mudos de las tragedias de Esquilo.

A la medianoche el quebrador permanecía aún adormecido entre los brazos de la Huilota. Una vela de sebo pegada en la pared alumbraba tristemente la pieza, y el único niño, azorado y hambriento, roía en un rincón algunos pedazos de pan duro.

Presentamos sencillamente los hechos, sin culpar, sin criticar a nadie; pero en las mismas horas, en los salones de uno de los accionistas de la mina, se bailaba, lasciva y frenéticamente, sobre una alfombra de terciopelo, tinta como ya hemos dicho, con la sangre de los morrongos... Y para terminar estos contrastes que nos desagradan,

diremos también que el señor A. G. perdía en las manos de algunos fulleros de levita, unos cien mil pesos, persiguiendo un as en una baraja que tenía pegadas las tres cartas iguales. Estas citas abren vastísimo campo a la crítica y a los comentarios... Pero yo no critico... Perdono... No perdono... Cito.

XV

Los barreteros dieron aviso a la policía y, antes de amanecer, los cadáveres fueron arrojados a la fosa común. La peste era asoladora y se impuso una multa cuando no se sepultaban los muertos antes de las doce horas. Si la familia carecía de recursos, con un simple aviso, la policía se encargaba de hacerlo, y cuando este aviso faltaba, la multa se imponía, pero a veces no se encontraba sobre quién hacerla efectiva. Los dos minerales temblaban despavoridos ante los estragos del cólera.

El quebrador sólo despertó del sueño para entrar en el delirio. La calentura abrasaba sus venas. El médico de la mina pasó a verlo [en] la mañana y lo examinó detenidamente. Después, recetando algunas pociones calmantes y renovando las curaciones de los ojos, se retiró ofreciendo volver, pero sin asegurar nada respecto de su salud.

La Huilota, ignorando que el quebrador poseía recursos gracias a la generosidad de sus compañeros, salió con objeto de proporcionárselos, dejando al enfermo al cuidado del niño.

La joven conocía poco la vida y comenzó a sentir sus abrojos. En la primera mina que se presentó solicitando trabajo, tuvo que escuchar en cambio proposiciones

vergonzosas. Fue en seguida a otra para recibir iguales humillaciones. La cólera y la vergüenza enrojecían su semblante y, al embellecerla, la volvían como a todas las morenas, más y más provocativa. A mediodía volvió a su pobre casa, sin haber encontrado trabajo y creyendo carecer de todo recurso. En sus pupilas negras brillaba una flama sombría. Sus ojos parecían carbunclos.

El enfermo deliraba sobre el jergón. El niño, por medio de un hueso, trataba de hacer un agujero en el piso de la pieza, lanzando a veces en torno suyo miradas llenas de azoramiento. Al ver a la joven corrió hacia ella y le dijo:

—Magresita... magresita. Pague tiene muncha morralla.

—¿Qué dices? —interrogó la joven estupefacta.

—Mira... mira... —dijo el niño levantando una punta del jergón y enseñando a la Huilota un puñado de pesos que brillaba sobre la tierra.

La joven levantó sus ojos al cielo, con una mirada de profunda gratitud, y después interrogó al niño, quien le explicó que unos mandones de la mina se lo habían traído para que se curase y que él hacía aquel hoyo para ocultarlo temiendo se lo robasen.

Entre los dos terminaron brevemente la operación y después, al tratar de poner al quebrador en postura más cómoda, algunos pesos rodaron de sus bolsillos. La joven, más y más sorprendida, lo registró, sacando otra cantidad igual a la que antes había ocultado. Hizo con ésta lo mismo, y volviendo a salir trajo las medicinas y lo necesario para sus alimentos. Desde ese instante no volvió a separarse de la cabecera del enfermo.

A la mañana siguiente el médico practicó un nuevo reconocimiento. Los párpados estaban quemados y los cristalinos con una fuerte inflamación, pero entonces ofreció que, atendido con esmero el enfermo, tal vez recobraría la vista que no había

perdido, según pensaba, más que accidentalmente, por causa de la inflamación que produjo una fuerte oftalmía.

Cerrose completamente la pieza y a la luz natural sucedió la artificial. La Huilota no se separaba del enfermo y ella misma ayudaba al médico a practicar las curaciones. El niño multiplicábase, traía las medicinas, los alimentos, el agua, etcétera, etcétera. Algunos días se pasaron así.

El delirio cesó, después cesó también la supuración de las quemaduras y al comenzar la convalecencia del enfermo, volvió a su pleno conocimiento, pero acompañado de nuevos dolores morales.

El infeliz guardaba silencio, pero sufría más que nunca. La muerte de la madre y los niños, la enfermedad de la maduración, el considerarse ciego, la miseria y la debilidad producida por la calentura, todo influía sobre aquel carácter estoico, que sin embargo no se plegaba. Durante su enfermedad ni un sollozo, ni una lágrima, ni una sola queja se escapó nunca de aquel pecho de acero, que a veces se agitaba convulsivamente para volver después a nueva inmovilidad. Ciertas rocas corroídas en su base por la borrasca ceden al fin. Aquel hombre no cedía.

A veces el destino es cobarde. Se encarniza, se ensaña, y multiplica sus golpes. Ya no es ariete, es tromba. Ya no es flama, es rayo. Ya no es un mundo sino el universo entero que se os desploma. El pensador observa, vacila, tiembla, ruega y al último sonrío. Comprende o cree comprender el impenetrable misterio de la sombra. La fatalidad no puede ser eterna. Lo negro de la noche precede a la púrpura de la aurora, el buitre anuncia el nido, la oruga indica la mariposa. La lucha, sí, pero después el triunfo. La luz es la victoria eterna. Victoria de todos los instantes sobre esos reptiles que se llaman tinieblas. La gota de agua es un mundo con sus pequeñas borrascas. ¿Por qué la conciencia no ha de ser un cielo con sus grandes tempestades? ¿Qué diferencia [hay]

entre una corola, reflector de la claridad solar, y un alma, reflector eterno de la luz divina? El pólipo no escapa a la ley. Tampoco el astro. Afinidad y gravitación, nos contestan los físicos. ¡Qué sabemos! La moral puede tener su física. La conciencia sus fuerzas permanentes, invariables, eternas. Ha faltado hasta hoy el Kepler de ese firmamento. La vista telescópica del genio penetrará algún día y las evoluciones de la conciencia quedarán tan explicadas como las leyes del péndulo. Entonces como ahora y como siempre exclamarán: “¡Bah! No es más que eso”. Y al nuevo Colón se le arrojarán nuevos grillos, como el premio de la gratitud humana. Pero la ciencia transforma los misterios en axiomas. Lo irreductible ayer es lo sencillo mañana. Harvey nos demuestra, mientras existe la vida, el movimiento perpetuo en la circulación de la sangre. El estómago es un completo laboratorio químico. Los ojos son maravillas, pero de las más fáciles para la óptica. ¿Lo dudáis? Ved la fotografía. Mucho se ha conquistado, pero es más lo que falta por conquistar. En esencia poco o nada sabemos aún. ¿Qué es el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo? ¿Qué la materia? ¿Qué la fuerza? ¿Qué el espíritu? Silencio profundo. Conocemos algo en su modo de ser. He ahí todo. ¿Penetraremos esos misterios? Así lo esperamos. Por lo mismo, también llegaremos a resolver esas cuestiones cuya incógnita es hoy la conciencia.

El quebrador sondeaba diariamente en ese mar profundo, pero en vano... no le encontraba fondo.

Una mañana, ocho o diez barreteros amigos suyos, dos o tres pepenadoras amigas de la joven, ésta, el niño y el médico, rodeaban silenciosos y conmovidos el pobre lecho. El último de los asistentes iba a levantar las vendas.

La pieza estaba débilmente alumbrada por dos velas de sebo. Por las hendiduras de la puerta penetraba, débil también, la claridad del día. La Huilota y el niño oraban arrodillados. Los demás esperaban con ansiedad.

¿Recobraría la vista aquel desgraciado? Si era así, podría casarse, porque la maduración comenzaba a desaparecer. El maduro estaba aún en el periodo curable. Uno o dos meses de reposo, de buenos alimentos, de ejercicio al aire libre y al sol y sanaría completamente. Su vigorosa contextura había resistido y triunfado. Sano y con su vista podría volver a trabajar. Después... el amor, y con el amor, el cielo.

Pero si definitivamente cegaba, entonces casarse era convertir a la pobre niña en enfermera. Además, ¿cómo trabajar para sostener su vida y después su familia? Como se ve, la situación era resolutiva. O ciego y la mendicidad por porvenir y, por consiguiente, desgraciado, o la dicha por el trabajo y por el hogar.

El quebrador se arrodilló sobre su lecho. Su rostro pálido estaba algo desfigurado por las quemaduras, pero en la parte que las vendas dejaban observar, completamente inmóvil. El médico vaciló un instante, conmoviéndose ante aquella serenidad espartana, y con las manos algo trémulas, comenzó lentamente a desligar las vendas. Los asistentes interrumpieron sus respiraciones.

La Huilota fijó su mirada en el rostro de su amante. El médico hizo señal de que apagasen las velas y la pieza quedó oscurecida. La poca claridad que penetraba del exterior, apenas mal delineaba los perfiles sombríos de los barreteros que temblando esperaban.

La última vuelta del lienzo cayó por fin. El quebrador levantando los párpados trató de mirar... pero fue en vano; se creyó ciego y su cabeza inclinose con resignación. Un suspiro fue la única queja de aquel hombre de roca.

En el mismo momento y según las instrucciones recibidas antes, uno de los barreteros entreabrió un poco la puerta y la claridad del día inundando la pieza le hizo cerrar los párpados. Los volvió a abrir y a cerrar dos o tres veces consecutivas... se puso de pie... dio algunos pasos inciertos y cayendo nuevamente de rodillas, gritó con indefinible voz de inmenso júbilo:

—¡Veo!... ¡Veo!... ¡Veo!... ¡Gracias, Dios mío!

Después, levantándose, buscó en torno suyo... Precipitose la Huilota en sus brazos devorándolo a besos y él, no pudiendo resistir el temblor de sus muslos, se sentó casi desplomado sobre su lecho, tocando las mejillas, la barba y la cabeza de la joven y diciendo con voz apenas inteligible:

—¡Tú... tú... eres más que un ángel; te debo la vida, la salud, la vista! ¡Cuán buena eres! ¡Cuánto... cuánto te quiero! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, mi Huilota... mi paloma... mi alma!... Gracias también, doctor. Venga usted, señor médico... Venga usted... Aquí, junto a mí, a mi lado, deme usted la mano. ¡Tome usted parte en la alegría de un pobre! ¡Ah, yo no tengo con qué pagar tantas bondades! ¡Ven tú también, pobre niño, mi huérfano, mi hermano, mi hijo! Ven... abrázame... bésame... ¡Qué feliz... qué feliz soy con ver!

Las pepenadoras sollozaban con la Huilota y con el niño. Los barreteros, esos hombres que están impuestos como los titanes a despedazar y a desgajar los montes, se limpiaban con sus lágrimas el color negro de la pólvora que acentuaba sus fisonomías.

—¡Ustedes no saben lo que es estar ciego! —gritaba aquel hombre abrazando a éste y estrechando después al otro—. ¡Ustedes no saben lo que es ver! ¡Ver! ¡Ver el cielo y la luz y las flores! Ver a la gente que nos quiere... ¡Ah, Dios mío!

El médico había vuelto a entornar la puerta. El quebrador gritó:

—¡Luz... más luz... quiero toda la luz... todo el sol... todo el cielo! ¡Quiero ver más! ¡Quiero ver siempre! Doctor, por piedad... ¡Abra usted! ¡Abra usted la puerta!

—Calma, amigo mío... —dijo éste—, iréis mirando poco a poco...

—¿Curará de toda verdad? —interrogaba ansiosamente la joven.

—¡Señor! —gritaba el niño abrazando con sus débiles bracitos las rodillas del médico—. Señor, ¿ya no está ciego pagre?

—No es uno peña —decía un barretero enjugándose sus lágrimas.

—Es verdad, no es uno de cuarzo —exclamaba otro imitándolo.

En medio de aquellos sollozos y de aquellas lágrimas de júbilo, se retiró el médico y después los demás. Quedaron solos la Huilota, el quebrador y el niño.

Ella, enlazándole con uno de sus brazos, le enseñó entonces el pequeño agujero cubierto por el jergón, en el cual brillaban un poco más de doscientos pesos.

Una nube empañó la frente de aquel hombre, que por aquel momento nada recordaba y que tomando con violencia el brazo de la joven, le dijo con la voz temblorosa de cólera y de celos:

—¿De dónde... de dónde has tomado ese dinero?

—Me lo han dado —dijo ella sonriéndole.

—¿Pero quién?... ¿Quién? ¡Habla! ¡Habla pronto!... ¡Dime!...

—Lo han juntao en el patio de la mina entre todos.

—Perdóname, chula; pero ya me acuerdo. Otra cosa creía yo... y te lo juro... Sí, aunque tanto te debo... te lo juro... ¡te hubiera matado!

La Huilota sólo le contestó encogiendo sus mórbidos hombros y sonriéndole con la más adorable de sus sonrisas.

XVII

Algunas noches después, un grupo numeroso de barreteros y pepenadoras, arrojando cohetes, que se perdían de vista en la inmensidad azul de los cielos y que terminaban su efímera vida disolviéndose en torbellinos de chispas, que se confundían instantáneamente con las estrellas, y lanzando el grupo a la vez gritos de júbilo, acompañaban a la Huilota y al quebrador, que volvían del templo para su humilde hogar, ya unidos para siempre.

La noche estaba tibia, serena, resplandeciente; el aire, impregnado por los aromas salvajes de la sierra y por melancólicos, dulcísimos e indefinibles rumores. La naturaleza hablaba con imperiosa elocuencia a aquellos dos seres, que ya habían confundido sus dos almas en una, para toda la eternidad.

La puerta de la humilde choza se cerró tras de los desposados, y los barreteros y las pepenadoras que los acompañaban improvisaron un fandango.

Los ángeles se sonreían entre la sombra, y las estrellas como que se aproximaban para mirar el dulce himeneo de la fuerza con la belleza, el pudor y la gracia de la ardiente criolla americana.